

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA É ILUSTRADA REUNIDAS.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 12. — N° 20.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

Poetas españoles contemporáneos; D. Antonio Gil y Zárate. — Historia de la semana; grabado. — Museo de carruajes históricos de Versalles. — Aparato de salvamento del señor de Saint-Simon-Sicard; grabados. — Expedicion salida en busca de John Franklin (1851-1852); grabados. — La mano roja. — Círculos espirituales. — Toques espirituales. — Las brisas tirólicas; vals. — Bernardo; historia para cazadores. — Monumentos de los incas en el Perú; grabados. — Estética de la locura y toxicología dramáticas. — Revista científica. — Victor-Manuel, rey de Cerdeña; grabado.

Poetas españoles contemporáneos.

DON ANTONIO GIL Y ZÁRATE.

Debo decir ante todo, que en el tiempo trascurrido desde que yo oí hablar del drama CARLOS II EL HECHIZADO, hasta que lo conocí, leído y representado, hizo la casualidad que cayese en mis manos la célebre novela de Victor Hugo, titulada NUESTRA SEÑORA DE PARIS, circunstancia que no podia menos de perjudicar por muchas razones al concepto que

yo debía formar de la obra de D. Antonio Gil y Zárate. Tal es en efecto la condicion humana, inclinada naturalmente á examinar las cosas bajo la impresion de los contrastes. Verdad es que en esta parte la sociedad y el hombre parecen caminar en razon inversa. El hombre cuanto mas avanza manifiesta generalmente mas gusto y mas sensatez, mientras que la sociedad puede decirse que va siempre marchando hácia la extravagancia á medida que se civiliza. ¡Qué aberraciones! ¡qué ridiculeces se observan en las poblaciones grandes si se comparan sus costumbres á las de las



Riña entre Turcos y Cristianos en Broussa.

aldeas! ¡Qué depravacion sufren los instintos en las naciones cultas cuyos desórdenes repugnan con razon alguna vez á los salvajes! Yo he visto desde que estoy en Francia cosas que no hubiera creido cuando vivia en aquel pueblo, que segun dicen, lleva todavia los andadores de la civilizacion. Aquí el estragamiento se ostenta hasta en la satisfaccion de las primeras necesidades de la vida animal: se prefiere al agua y al vino esa infame composicion química llamada cerveza, que desagrada al paladar tanto, como ataca á la salud; gusta mas la carne cruda y casi corrompida, que la fresca y bien sazonada, y nunca el queso logra mas consumo, que cuando ofende á las narices con su hedor, y á la vista con sus gusanos. Si nos remontásemos á otras consideraciones, la perversion de los instintos seria mas visible. El amor, por ejemplo, esa poderosa palanca del genio en la edad media; esa llama vivificadora que forma el mas precioso encanto de la existencia humana en los pueblos que se dicen atrasados, es una cosa desconocida en las naciones que pretenden empuñar el cetro de la inteligencia. Hablen ustedes de amor á una hija de Paris, y prepárense á recibir por toda respuesta una carcajada, manera singular con que se quiere decir que solo Pluto ha sobrevivido á todas las demás divinidades mitológicas. Y no entro en la contemplacion del progreso que bajo otros conceptos ha hecho el vicio, esto es, la perversion del instinto, porque no necesito añadir mas á lo dicho para probar que la sociedad marcha á la extravagancia, cuando dice que se civiliza, y sobre todo porque no debo decir cosas afortunadamente ignoradas de la raza española.

Pero el progreso individual es bien diverso del colectivo: el ser inteligente es tanto mas digno, sensato y morigerado, cuanto mas cultiva su razon. Así el hombre puede estimar lo feo, defectuoso y desaliado de las cosas, mientras no tiene una idea clara de la belleza; pero seria muy difícil hacer comer pan de centeno al que está acostumbrado á comer pan de trigo; seria ridículo suponer que puede agrandar una pintura grotesca al que conozca las sublimes obras de Rafael y, en fin, para volver al tema de este artículo, seria una tiranía espantosa el querer que á un hombre que conoce la *Nuestra Señora* de Víctor Hugo, le guste el *Carlos II* de Gil y Zárate.

Efectivamente, á mí me pareció muy malo el susodicho drama cuando lo leí, y mucho peor cuando lo ví representado; y esto considerando el drama aisladamente, sin término alguno de comparacion, sin someterlo al cruel efecto del contraste; pero cuando referia mis comparaciones á *Nuestra Señora de Paris*, su valor literario se reducía á la última expresion, no solo porque la novela es muy buena y el drama muy malo, sino porque el susodicho drama está tomado de la mencionada novela.

No diré que esté tomado al pié de la letra, porque ni *Carlos II* es *Luis XI*, ni Florencio es Febo, ni están traducidas en él las escenas de la corte de los milagros, ni hay una hermana Gudula, ni otras cosas que hubiera sido difícil encerrar en las estrechas dimensiones del teatro; pero la pobrecita Inés tiene resabios de gitana y, sobre todo, *Fray Froilan Diaz* es la parodia, no pudiendo ser la reproduccion de *Claudio Frollo*. Supongo que todos mis lectores conocerán la novela de Víctor Hugo, y recordarán aquellas terribles escenas de pasion en que el arcediano, enamorado de la gitana, la sigue, la declara su pensamiento, la somete al tribunal que la condena á muerte como hechicera, la propone la paz en el calabozo, y por último la entrega al verdugo, viéndose rechazado y maldecido por ella. Pues bien, todo esto lo repite *Fray Froilan* contra una pobre muchacha llamada Inés en el *Carlos II*; pero ¿cómo lo repite?...

Cuando Víctor Hugo trató de presentar en el arcediano uno de esos tipos odiosos que con tanta fuerza de imaginacion sabe exagerar el gran poeta francés, tuvo buen cuidado de no ofrecer un ente naturalmente dado á la lujuria, malvado por jactancia ó hipócrita por oficio, sino un hombre de buenos sentimientos, un sabio que, animado por el solo móvil de la ambicion, apuraba los recursos de la alquimia para obtener el oro, su único amor, hasta que la fatalidad le hizo tropezar con aquella encantadora gitana que obró en su alma una completa transformacion, convirtiendo al hombre naturalmente frio, en un volcan, al que siempre habia sido recto en un malvado, y en fin, al que habia sondeado los arcanos de la ciencia en un imbécil. Todo esto realza el mérito de la gitana, porque expresa bien cuan grandes debian ser sus encantos para obrar tan extraordinarios prodigios, y hace del arcediano un tipo nada vulgar, un carácter odioso, pero tan lógicamente desarrollado y tan brillantemente sostenido, que excita la compasion hasta en los accesos de su cruel venganza.

El fraile, no creado, sino copiado por Gil y Zárate, no presenta ninguna cualidad recomendable; hombre de astucia por la voluntad del autor, pero no porque durante el drama ofrezca un rasgo ingenioso de talento, se manifiesta desde luego devorado por una pasion, no dirémos violenta, sino crapulosa, encubriendo sus vicios bajo la máscara de una hipocresía que parecería jesuítica si no fuera tan grotesca. Tales son los puntos de diferencia y de semejanza que tiene *Fray Froilan* con *Claudio Frollo*; de modo que bien mirado el arcediano de Víctor Hugo, no fué solo desgraciado como enamorado, sino como padre, pues tuvo por hijo adoptivo á Cuasimodo, prototipo de la deformidad física, y por hijo literario á *Fray Froilan Diaz*, prototipo de la deformidad moral.

Fray Froilan es, sin embargo, el único carácter del *Carlos II*, porque aunque mal está sostenido, pues el rey

mas que un carácter es una caricatura, el pobre Florencio es un botarate que dice cosas increíbles en su época, la Inés se parece á Florencio, y los demás personajes tienen algo aunque poco que envidiar á Inés. Veamos ahora algunas de las muchas cosas raras que todos ellos dicen, queriendo hablar la lengua de los dioses y apurando no obstante todo lo que la lengua humana ofrece de mas prosaico. Supónese que el rey está hechizado, y hablando *Fray Froilan* del hechizo al rey, le dice:

Os lo dieron en bebida.

REY.

¿Qué bebida?

FRAY FROILAN.

Chocolate.

REY.

Con estas cosas me ofusco.

¿Chocolate?

FRAY FROILAN.

Sí, en verdad.

REY.

¿Qué encierra tanta maldad

Un poco de soconusco!

Reflexion original, por cierto, la del rey, tan original como es extraña la palabra soconusco en un diálogo serio, aunque en una situacion ridícula. Pero no para aquí la trivialidad de tal diálogo: el rey desea profundizar el misterio del hechizo, y dice con una candidez que raya en tontería:

¿Qué habia en él?

FRAY FROILAN.

Cuerpo muerto.

REY.

De algun ahorcado seria

Que esos malos hechiceros

Buscan siempre ajusticiados.

FRAY FROILAN.

Ya sus miembros entregados

Estaban á buitres fieros.

Esto, como ven Vds., no solo es trivial y prosaico, sino repugnante; ataca á la poesía, á la razon y al estómago. En una palabra, no se puede calificar sino diciendo que es atroz, ¡muy atroz!

Oigamos ahora á Florencio desatarse contra *Fray Froilan* y contra la inquisicion:

FLORENCIO.

Esos nobles infanzones

Que conquistaron un mundo

A los piés de un fraile inmundo

Hora humillan sus blasones.

¡Oh mengua! ¡Oh torpe baldon!

¿Cómo España ha de ser grande

Si consiente que la mande

Quien la imprime tal borron?

¡Maldito mil veces sea

Ese tribunal odioso

Que siempre de sangre ansioso

Solo suplicios desea.

Que pretendiendo vengar

Del cielo la causa santa,

La ofende y al orbe espanta

En fuerza de asesinar.

Francamente, cuando yo llegué á leer y oír este lenguaje tan impropio de la época de la supersticion á que se refiere el drama, y tan indigno del teatro en todos los tiempos, apenas podia dar crédito á lo que leía ó escuchaba. ¿Por ventura la poesía tiene algo de comun con ese lenguaje tan seco y descarnado, con esa prosa tan fria á pesar de la insolencia de sus palabras, con esos versos sujetos á las condiciones artísticas de la medida y del consonante, pero enteramente desprovistos de la energía que solo la inspiracion sabe dar á los conceptos con la gala de las formas? Lo repito, señores; esto es atroz, ¡muy atroz! y no puede dudarse que tan desatinados versos hubieran sido doblemente deplorables en boca de un buen actor; pero por fortuna el encargado de desempeñar el papel de Florencio era otro Florencio que, como tiene de costumbre, lo hizo bastante mal, y solo la fatalidad de semejante actor pudo eclipsar la fatalidad de semejantes versos.

Verdad es que en el tiempo en que D. Antonio Gil y Zárate dió á luz su *Carlos II*, las ideas de libertad, ó lo que es lo mismo, los anatemas contra la opresion estaban en auge. Todo el mundo fanatizado por el influjo contagioso de las aspiraciones del siglo, recibia como buenas y aplaudia con entusiasmo las obras empapadas en el espíritu democrático y liberal de la época, y he aquí la razon del éxito inmerecido que obtuvieron algunas producciones de circunstancias, tales como el *Carlos II* de Gil y Zárate, y la *Conjuracion* de D. Francisco Martínez de la Rosa, á pesar de su mala concep-

cion, su prosaismo, su falta, en fin, de arte, de gusto y de mérito literario. Pero debo manifestar aquí con la ingenuidad que me es característica, que entre todas las malas muestras de tan deplorable escuela hay una infinitamente peor que las otras, y es *Carlos II el Hechizado*, especie de berruga en una cara pecosa y tostada por el sol.

Tambien es verdad que D. Antonio Gil y Zárate al mismo tiempo que hacia un drama combatiendo las preocupaciones, daba pasto, tal vez sin saberlo, al espíritu religioso del pueblo español; pues no hay en dicha obra dificultad alguna de que no salga vencedor remitiéndose al auxilio de la divina Providencia, ó lo que es igual, prometiendo indemnizar en el cielo á sus personajes de los sinsabores que no podia remediar por medio de una hábil peripecia dramática. Así cuando Inés se compadece de las desgracias que con su amor ha causado á Florencio, dice entre otras cosas:

Perdona, mi bien, perdona,
Y no culpes á mi amor:
Son mi desdicha mayor
Los males que te ocasiona.
Otro premio, otra corona
Te quise yo reservar;
Mas si no logró alcanzar
Tamaño bien nuestro anhelo,
No importa que allá en el cielo
Aun nos podrémos amar.

A lo que Florencio contesta, no en la misma escena, sino en otra:

En vez de que al espirar
Nuestros amores se acaben,
Se verán acrecentar
De cuanto los cielos saben,
Mas que los hombres, amar.

Este concepto, que no arguye grande imaginacion, repetido en todo el drama la friolera de quince ó veinte mil veces, valió al autor muchos aplausos, que unidos á los que produjo la parte patriótica, dieron por resultado una cosa muy semejante al entusiasmo. Por esto sin duda gustó tanto á mis compañeros de oficina, patriotas la mayor parte tan ardientes que daban en el teatro voces subversivas contra *Fray Froilan*, y hasta se sentian dispuestos á llevar el fusil y hacer una descarga á quema-ropa contra mi buen amigo D. José García Luna que desempeñaba aquel papel. En cuanto á mí, que tambien era patriota ardiente como lo seré toda mi vida, ví el drama de Gil y Zárate sin experimentar la menor emocion: me pareció violento lo que tenia pretensiones de original; descolorido lo que revelaba el plagio; inverosímil y hasta insolente lo que lisonjeaba á los sentimientos de libertad; prosaico y frio lo que queria ser poético y sentimental; ridículo sainete la trágica peripecia del desenlace; y, para decirlo de una vez, *Carlos II el Hechizado* me pareció entonces lo que me parece ahora mismo, es decir, un drama atroz, ¡muy atroz!

J. M. VILLERGA.

Historia de la semana.

Por fin hemos entrado en la primavera, no en la primavera del almanaque que en Paris deja burladas siempre las esperanzas de los que creen en ella, porque el librito oficial así lo manda, sino en la primavera que se conoce en las hojas de los árboles, en los cantos alegres de los pájaros, en esa atmósfera suave que se respira, y que en veinticuatro horas nos consuela de los rigores de un largo invierno frio y nebuloso.

Así el último domingo, Paris no estaba en Paris, sino en los alrededores, paseando por las hermosas florestas que rodean á la capital con un cerco de hermosa verdura.

En particular el sexo femenino tiene aquí una pasion decidida por las diversiones campestres. Es verdad que á las parisenses las seduce todo lo que es ruido y movimiento; su espectáculo favorito son las carreras de caballos; en los bailes de máscaras, su disfraz predilecto es el traje masculino, y en sus costumbres, lo mismo que en sus gustos, diríase que hay ciertas tendencias varoniles, como si estuviese á punto de realizarse la famosa emancipacion de las mujeres, uno de tantos sueños de la época.

Por todas partes, aun en las esferas de la alta sociedad, se encuentran á cada paso señoras que hablan en alta voz, con la frente erguida, que dan apretones de manos á los hombres, disputan sobre política y literatura, y lo que es mas, amenizan las cuestiones todas con sendos cigarrillos. ¡Asómbrate calumniada Habana, y tú no ménos calumniada Andalucía, ciudades ennegrecidas por el humo que despiden los labios femeninos! ¡Cuántas veces no se ha escrito de vosotras en los libros de viajes reductados en lengua extranjera: «¡Las mujeres son bonitas, pero fuman!»

Voy á contar una anécdota en venganza de este pícaro dicho.

El juéves último, tres señoras ricamente vestidas, acompañadas de un caballero de aire muy formal y de edad avanzada, tomaban el camino de hierro con ánimo de dar un paseo en los hermosos jardines de Versalles. En el carruaje de primera clase donde habian entrado, no iba mas que una persona extraña, y era un jóven de un porte elegante y distinguido. Las señoras pertenecian sin duda á la buena sociedad, como lo deno-

taba su conversacion, que revelaba la ciencia y los hábitos del gran mundo. Sin embargo, el buen tono que habia en sus modales, así como en sus trajes, se hallaba algun tanto neutralizado por ciertos lunares que echaban á perder la delicada gracia del conjunto, hasta el extremo que las tres elegantes, despues de reir con broma y algarazara sobre los hombres y las cosas del dia, sacaron tres cigarrillos de papel, y se pusieron á fumarlos con la misma sangre fria que si se abanicaran.

El caballero que no iba con ellas, al pronto se quedó sorprendido, pero un poco despues, tomando la palabra, habló en estos términos:

— Señoras, disimúlenme Vds., pero el humo del tabaco me incomoda á tal punto, que me seria imposible soportarlo.

Esta declaracion era una burla, pues la persona de quien provenia, era, como hemos dicho, un jóven de treinta años, robusto, y con un par de bigotes como un granadero.

— Lo siento mucho, repitió, pero el humo del tabaco me mata.

Estas palabras fueron dichas con mucha cortesía, pero secamente, tanto, que las señoras no se atrevieron á despegar sus labios, ni el caballero que iba con ellas pudo defenderlas, pues está terminantemente prohibido el que se fume en los caminos de hierro. Para concluir dirémos que los tres cigarrillos volaron por la ventanilla del carruaje.

Las señoras, picadas como era natural, se vengaron con una lluvia de epigramas, acompañadas de sonrisas irónicas, y de alusiones muy significativas hácia las gentes de provincia que viven con un siglo de atraso, y no saben jamás ponerse al corriente de las costumbres de la época.

El jóven permaneció impávido, sin darse por entendido de lo que pasaba.

Pero la historia no se acaba en esto.

Al llegar á Versalles donde bajaron todos, el mismo que no podía soportar el olor del tabaco, sacó á la vista de las tres señoras una hermosa petaca bien provista, de donde sacó un hermoso cigarro; en seguida sacando tambien un fósforo, le encendió, le aplicó al cigarro, y principió á lanzar en el aire grandes bocanadas del exquisito incienso de la Habana.

Oyéronse tres exclamaciones unánimes: el chasco habia sido un poco pesado.

Ahora, lectoras mias, si alguna de vosotras comete á hurtadillas (á la clara luz del sol no puedo creerlo) el horrendo pecado, ya puede contestar á los que lo acriminen, con aquel rancio proverbio español: « En todas partes cuecen habas. »

El mismo jóven por la tarde un jóven conde daba una espléndida comida á una porcion de amigos. El motivo de la fiesta todos lo ignoraban, pero bien luego salieron de las dudas, pues el conde cuando vió sentada á la mesa su reunion, se explicó como sigue:

— Señores, aquí, en presencia de Vds, voy á despedirme alegremente de la vida...

— ¡De la vida! repitieron todos con asombro.

— De la vida de soltero, añadió el conde, noticia que causó ménos extrañeza á los asistentes, á pesar de que nadie habia sospechado hasta entónces la menor tendencia matrimonial en las ideas del jóven.

— Sí, he guardado el secreto á todos mis amigos, continuó el orador, porque esta boda me interesaba mucho, y en cosas de tanta importancia, bueno es desconfiar un poco, aun de los mejores amigos.

— Mil gracias, caballero, respondieron varios de los asistentes.

— No estamos aquí para lisonjearnos recíprocamente, sino para decir ciertas verdades, y sobre todo para ajustar cuentas. He querido reunir por última vez á todos aquellos que han tenido roce conmigo en mi vida pasada. Principio por decir que los asuntos amorosos ya están arreglados, y la prueba es que todos los documentos se hallan aquí, y van á ser quemados en presencia de Vds., como lo exige la delicadeza que debe tener todo buen caballero.

Y el jóven conde arrojó en una bandeja de plata un legajito de cartas perfumadas, encendió la mas pequenita de todas ellas, y la dejó caer ardiendo en la masa de las reliquias epistolares, que en un abrir y cerrar de ojos se vieron convertidas en pavesa.

La reunion miraba sin decir palabra.

— En cuanto á Vds., continuó el orador, voy á darles algunas explicaciones, y en cambio espero otras de Vds., francas y completas como las mias, sobre ese pasado que para mí se acaba dentro de pocas horas. No quiero dejar en pos de mí ningun punto oscuro, ninguna deuda olvidada.

Este preámbulo fué seguido de una confesion general. El futuro esposo confesó los pecados de su vida de soltero, habló de varias perfidias, de algunos malos servicios, involuntarios los mas de ellos, de ciertos juicios atrevidos acerca de varios amigos suyos emitidos sin rebozo delante de la gente, y por último de esa falta desgraciadamente tan comun, que consiste en robar á los otros traicionariamente una parte de lo que los hombres á cierta edad llaman la felicidad verdadera.

— Estas son mis faltas, añadió en forma de conclusion, y estoy dispuesto á sufrir el castigo que merezcan. Si, lo que Dios quiera, alguno de Vds. está resentido, tengo aun veinticuatro horas para responder, pero ni un minuto mas, pues despues de mi boda me haré sordo á toda reclamacion concerniente á lo pasado.

Ninguno de los convidados interrumpió el silencio; el jóven conde exclamó nuevamente:

— Muchas gracias, señoras; seré tan magnánimo como Vds.; porque yo tambien he sido víctima como todo el mundo. Varios de los que están aquí me han faltado mas de una vez, pero he dicho que todo lo perdono. Mi olvido se extiende á todas las cosas; si hay alguien que me deba algunas onzas, que se la dé á los pobres. Ahora, hé aquí mi testamento, porque quiero dejar á cada uno de Vds. un recuerdo mio, un recuerdo de mi vida de soltero, y con este fin pongo el testamento en manos de mi amigo el escribano aquí presente. Con que bebamos á mi me-

moria, y pasemos alegremente el poco tiempo que debemos estar juntos.

— ¿Qué significa eso? exclamaron los convidados. ¿Te vas á casar á un país extranjero?

— No ciertamente.

— ¿Pues entónces?...

— Esto quiere decir que el hilo de nuestras relaciones se romperá, lo mismo que si me fuese á casar á la China.

Una exclamacion de sorpresa circuló por toda la asamblea.

— Sí, amigos míos, quiero romper enteramente con lo pasado, y cesaré de ver á todos Vds., para evitar recuerdos que podrían serme molestos algun dia. Y además, debo decir que entre vosotros hay varios amigos peligrosos. ¿Creeis que sea yo tan cándido, que vaya á introducir en mi casa á mozalvetes como el amigo que está en frente?

El que recibió esta agradable injuria contestó con una inclinacion de cabeza.

— Con que, señores, epuremos las copas; quiero verme una vez mas en medio de esas locas fiestas, de esos alegres delirios de nuestras bellas noches. ¡Brindemos á vuestro porvenir y al mio!

El vino de Champaña circuló entre los convidados con regia abundancia; solo el jóven conde no bebia y estaba frio y taciturno en medio de la embriaguez general. Observó indiferente la escena que tenia en su derredor, y cuando sus amigos se hallaban tendidos ya sobre los muebles y sobre las alfombras del salon, echó una mirada de despedida á todo aquello, y salió.

La apacible vida de casado debia parecerle mucho mejor despues del espectáculo de su última orgia.

Una de estas últimas noches, un general de nota en el ejército francés se retiraba á su casa un poco tarde, cuando á la vuelta de una esquina fué atacado por un hombre vestido de blusa, que le encajó sin mas preámbulos la fórmula sacramental de « la bolsa ó la vida. »

El general dotado de unas fuerzas de gigante y de una sangre fria á toda prueba, en vez de amedrentarse se echó sobre el ladrón, y cogiéndole por el cuello, le dijo:

— ¡Tunante! para un oficio tan peligroso como el tuyo, es necesario á lo ménos tener mas valor del que tú demuestras; ea, sígueme, ó te ahogo en el acto.

El ratero se apresuró á obedecer, y al llegar al primer farol, cuya luz iluminó el rostro del malhechor, el general no pudo contener un grito de sorpresa:

— ¡Ah! no te conozco de ahora, miserable bribon; ya en Africa me robaste, mientras estaba dormido, una cantidad de 500 francos.

— ¡Cómo! ¿es Vd., señor general? me habian escrito de Europa que mi pobre y anciana madre se estaba muriendo de miseria, y quise enviarla alguna cosa. Por Dios, no me pierda Vd., mi general, tenga Vd. compasion de mi flaqueza, y le juro á Vd. por todo lo mas santo que hay en el mundo, que si me perdona y me deja en libertad, consagraré todos los dias de vida que me quedan á rescatar mis delitos pasados.

El arrepentimiento de aquel hombre que el general sabia era hijo de una honrada familia de labradores, le pareció sincero, y al cabo de algunos momentos le dejó libre.

Por fin, hace dos dias el general recibió en su casa una cajita bien atada y sellada, donde habia el dinero que le habia faltado en Africa, con un billete cuyo contenido es como sigue:

« Mi general,

» Esta restitution de la prueba á Vd. que mi arrepentimiento era firme y verdadero. Para hacerme con esta suma que habia jurado devolverle á Vd., me he visto obligado á maltratar á dos personas, y he tenido que descerrarar tres escritorios » y la puerta de una casa. Ya ve Vd., mi general, que la palabra de un tunante es cosa sagrada. »

El general se quedó estupefacto; pensando cometer una buena accion, habia dado alas á un tunante, en vez de cortárselas.

Concluamos con dos palabras sobre el dibujo que va al frente de este número. Los turcos y los cristianos se hallan en guerra abierta en ese imperio de Oriente, donde las contiendas de este género son tradicionales. Sin hablar aquí de las querellas que han ensangrentado últimamente los Santos Lugares, y que han motivado el envío de embajadores extraordinarios, con gran movimiento de tropas y de flotas armadas, llamarémos la atencion de nuestros lectores sobre la escaramuza de Broussa que se ve representada en nuestro grabado. Los periódicos afirman que este motin carece de importancia y de causa política; pero no es ménos cierto que ha corrido sangre cristiana y musulmana en la ciudad de Broussa, residencia hoy de Abd-el-Kader, y que la diplomacia europea hace grandes esfuerzos por poner coto á un estado de cosas semejante.

MARIANO URRABIETA.

8 mayo 1853.

Los caminos de hierro absorven la atencion de la sociedad moderna. Se habla de un ensayo de ferro-carril de baja via que se establecerá entre el gran Arco de Triunfo y el próximo pueblo de Neuilly. En lugar del vapor se empleará un caballo que bastará á conducir un gran número de viajeros, pues parece que ya se ha hecho con buen éxito aplicacion de este sistema en los Estados-Unidos donde se ven hoy ómnibus de dos y tres pisos.

Pero lo que vale mas que todo esto es el arreglo que parece va á discutirse por las compañías de caminos de hierro de Francia, Bélgica y Alemania, segun él se obtendrá tal celeridad en las comunicaciones, que podrá uno trasladarse de Paris á Berlin en treinta horas.

Museo de carruajes historicos

DE VERSALLES.

Algunos hombres de gusto concibieron hace poco tiempo la idea de añadir á las riquezas materiales, reunidas á fuerza de gastos en las suntuosas galerias de Versalles, una curiosísima coleccion de carruajes de distintas épocas. Si este nuevo Museo estuviese destinado únicamente á facilitarnos una agradable excursion á los dominios de la historia, nos limitaríamos á anunciar sencillamente la apertura de su exposicion; pero el hecho es que se recomienda por su mérito especial, y esto nos compromete á entrar en algunas explicaciones.

Por lo pronto nos es muy sensible que la coleccion de carruajes aparezca tan incompleta, y que no contenga mayor número de objetos de fechas antiguas. Nada nos han dejado las revoluciones políticas de las épocas remotas de nuestra historia, y por el contrario han aniquilado muestras preciosas, que hubieran podido conservarse, sin el ciego espíritu de vandalismo que proscribe hasta los mudos recuerdos de un régimen caído. Ya se comprende el gran interés que tendria, bajo el aspecto histórico de las costumbres, una coleccion de los diversos carruajes que estuvieron en uso en los primeros siglos de la monarquía francesa, por lo mismo que en los cambios que experimentaron sus construcciones seria muy fácil ir siguiendo los progresos mas ó ménos rápidos de la civilizacion de dicho país. De las antiguas costumbres de los francos á las actuales de la Francia moderna, hay tanta diferencia, como de la carreta de cuatro bueyes que usaban sus monarcas, segun afirman Gregorio de Tours y Eginhardo, al magnífico coche que sirvió para la consagracion de Carlos X.

No es pues culpa de las personas que han concurrido á la formacion del Museo, el que este contenga tanto vacío en cuanto á carruajes históricos. Además de las causas mencionadas, hay otra que no ha contribuido poco á la desaparicion de aquellos importantes objetos. Hasta el reinado de Luis XVI los reglamentos de la casa real concedian, cuando moria el monarca, al primer escudero los caballos de silla, las carrozas, las calesas y las sillas de mano. Esta costumbre, que venia rigiendo desde los tiempos de la caballería, ha hecho que pasasen á manos extrañas muchas riquezas, que hoy deberían figurar dignamente en el nuevo Museo. En Marruecos y en Túnez existen carrozas del tiempo de Luis XIV y de Luis XV, las cuales se han empleado en la conduccion de cadáveres. Por otra parte, muchos objetos incluidos en la coleccion del Museo se hallaban antes almacenados en el *Guarda muebles*, pero sin indicaciones que revelasen su origen, de modo que al clasificarlos ha sido preciso proceder por induccion, con la escrupulosa exactitud de un anticuario.

Los carruajes forman la parte principal y mas rica de la exposicion. Son cinco, y cada uno de ellos tiene su nombre, segun costumbre de la casa real.

La *Victoria*, que es el mas modesto de todos, pertenece al imperio: figuró en la consagracion de Napoleon, como coche de respeto; su caja es dorada y de una figura muy graciosa: la parte interior, de paño blanco con adornos verdes, se conserva en mal estado.

La *Turca* es de la misma época, y sirvió tambien en aquella ceremonia. Está forrada interiormente de seda blanca con felpillas verdes; la caja es igualmente dorada y ostenta muchas guirnaldas de flores. El *Topacio* es un riquísimo coche que tiene asientos de terciopelo blanco con adornos verdes y filetes de oro. Ocupábalo la reina Hortensia en la ceremonia de la consagracion de Napoleon. El *Bautismo* es una carroza hecha por el mismo modelo y estilo que los carruajes mencionados, y solo se diferencia de ellos en el mayor lujo de bordados de oro y seda que cubre el cielo y los costados por la parte interior, forrada enteramente de terciopelo blanco. Esta carroza sirvió para la ceremonia del duque de Burdeos, que tuvo lugar en la iglesia de Nuestra Señora el dia 1º de mayo de 1821. Conducia al jóven príncipe, á *Mademoiselle*, á su hermana, á la condesa de Gontaut, aya de los hijos de Francia, y á la marquesa de Sereste. Algunos creen que se construyó expresamente para dicha ceremonia, al paso que otros opinan que perteneció á la emperatriz María Luisa, fundándose en la analogía que guarda su construccion con las obras de la misma clase de aquella época.

Por último, la *Consagracion* es un coche monumental y la obra maestra del arte francés en su género. Sirvió para la ceremonia de Carlos X, y se construyó de órden del duque de Polignac, en vista de los dibujos presentados por Percier. Las pinturas son de Delorme, discípulo de Girodet; las esculturas de Roguier, las cinceladuras de bronce de Persilli y los dorados de Gautier. La ejecucion de tan magnífico tren exigió dos años de trabajo. La caja es redonda y remata en figura de cúpula; está sostenida sobre cuatro cuernos de la *Abundancia*, y otras cuatro figuras de la *Fama* sostienen el escudo de las armas reales, sobre el imperial. Las pinturas de la caja, que representan asuntos alegóricos, fueron hechas sobre planchas de cobre doradas á fuego.

Se calcula en quinientos mil francos el valor de dicha carroza: la que sirvió para la consagracion de Luis XVI y que el pueblo hizo pedazos, habia costado un millon doscientos mil francos, y si hemos de juzgar por el dibujo que de ella se conserva, no presentaba la riqueza ni la elegancia de la de Carlos X.

Aparato de salvamento del señor de Saint-Simon-Sicard.

Todos los periódicos de Paris han dado cuenta de una experiencia del mayor interés, hecha el 1º de abril en el Sena, mas arriba del puente de Grenelle, ante una comision nombrada por el señor ministro de la marina, y presidida por el vicealmirante Baudin. Tratábase de que un hombre permaneciera y trabajara debajo del agua con el auxilio de un nuevo aparato de salvamento, inventado por el señor de Saint-Simon-Sicard. Esta experiencia ha sido renovada el domingo 17 de abril, en presencia de mas de quinientas personas.

Un hombre, vestido desde los piés hasta la garganta con un vestido de tela impermeable, tiene la cabeza encerrada en un casco de forma esférica, dejando ver solamente su rostro á través de dos vidrios ovalados colocados á uno y otro lado, y de un ancho vidrio convexo en el centro, enfrente de la boca, el cual no se ajusta hasta el momento de sumergirse, interceptando definitivamente toda comunicacion con el aire que respiramos, y del cual el buzo no tiene ninguna necesidad, en virtud del problema enteramente resuelto por este feliz y perseverante inventor.

El vestido y el casco están sujetos á la garganta por medio de un aro de metal, formando un conjunto que no puede penetrar el agua ni el aire. Dos tubos de la misma tela impermeable, partiendo de la parte posterior del casco se adaptan á una caja de metal que el buzo lleva en la espalda, como lleva un soldado su mochila, la cual caja contiene una atmósfera artificial que, pasando por uno de estos tubos, suministra al buzo el reactivo necesario á su existencia durante sus trabajos submarinos, y la facilidad de arreglar la dosis á su discrecion, haciendo simplemente girar un especie de tornillo ó sifon de cobre, que colocado sobre el hombro derecho, abre ó cierra uno de los conductos de la caja; el otro tubo sirve para segregar el ácido carbónico espirado, y para absorberlo en un depósito que contiene la caja. Tal es, en suma, la compo-

sicion de este ingenioso aparato. Preparado en esta forma, ha aparecido á la una y media el señor Víctor

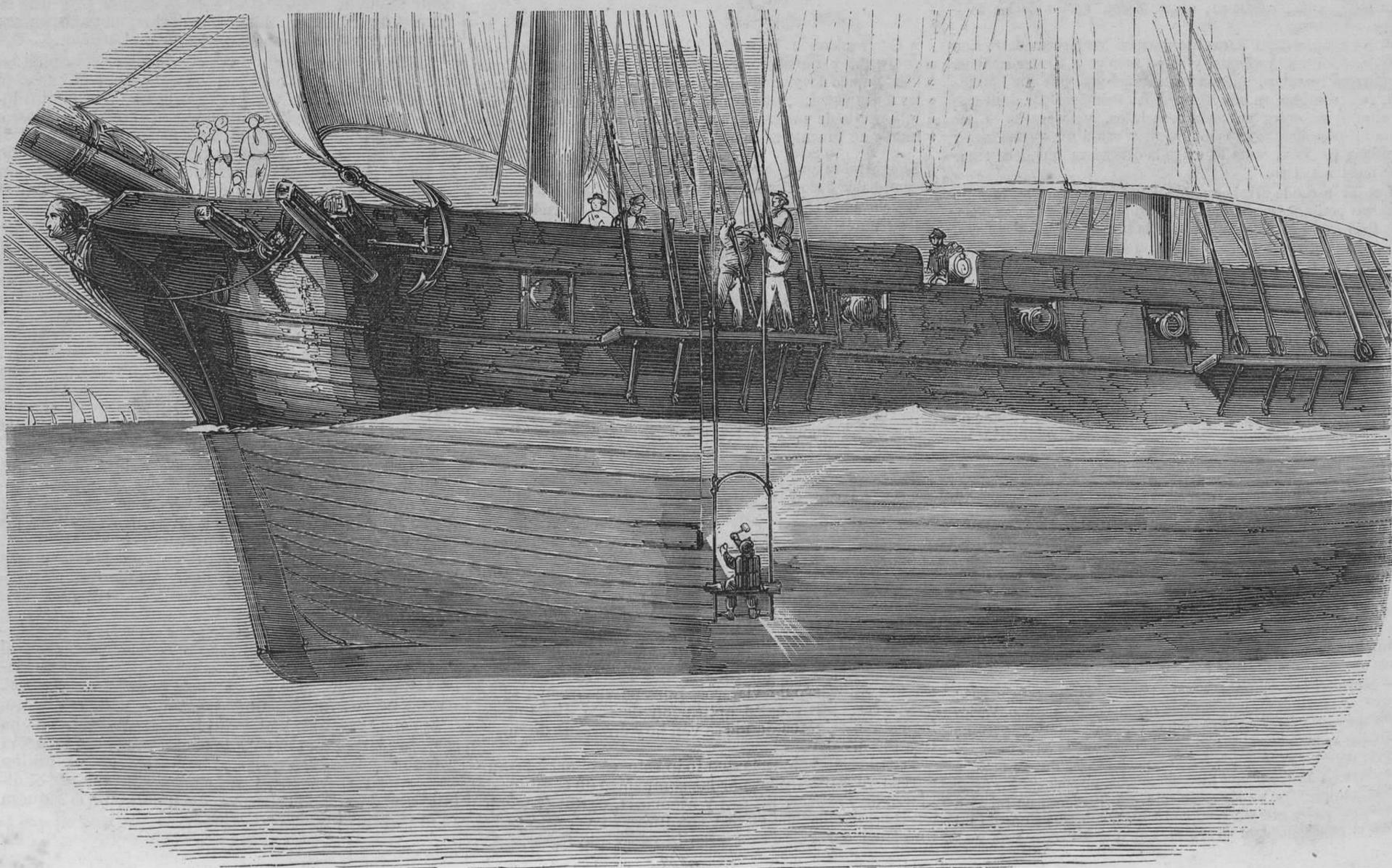
dentro del agua mas de una hora y cuarto, á la vista de los estupefactos espectadores.



de Grand-Champ, amigo del inventor, á la vista del público, sentado en un sillón de hierro sujeto á una cabria, y así ha penetrado en el Sena hasta cinco metros de profundidad. Pronto se ha observado que andaba, viendo alejarse del punto de partida el barquichuelo que, en la superficie del agua, debía seguir sus movimientos submarinos, y en el cual habia dos hombres que tenian, el uno la cuerda de llamada del buzo, y el otro, la cuerda destinada á darle señales, ó á recibirlas de él. El sillón ha sido levantado sobre la plataforma. El señor de Grand-Champ, despues de algunos minutos, ha hecho una señal, y ha aparecido con una gran piedra que acababa de sacar del fondo del agua, la ha entregado á uno de los hombres que estaban en el barquichuelo, ha desaparecido de nuevo para hacer otras investigaciones, que han dado por resultado el traer en cinco distintas veces piedras de mucha magnitud. En fin, despues de haber pasado treinta y cinco minutos debajo de agua, y de haber recorrido un espacio de mas de cuarenta metros en todas direcciones, ha vuelto á subir, recibiendo á su aparicion los aplausos, tres veces repetidos, de un público entusiasmado.

Como complemento de esta sorprendente experiencia, el señor de Saint-Simon-Sicard ha sumergido al mismo tiempo en el Sena su linterna submarina, que, sin el auxilio del aire exterior, ha ardido allí dentro casi el tiempo mismo que ha estado el buzo bajo de agua, sacándola varias veces, á fin de mostrar á las personas presentes que no cesaba de arder; sin embargo, la luz del día era un obstáculo para juzgar de su efecto.

La ante-vispera, una experiencia de esta linterna habia sido hecha de noche en la tina del laboratorio del inventor; allí únicamente se ha podido ver la intensidad de su luz, despues de haber estado me-



Expedición salida en busca de sir John Franklin (1851-1852), mandada por W. Kennedy.

Lancha del *Principe-Alberto* arrastrada por el hielo.

« El *Principe-Alberto* estaba encerrado entre el hielo que, engrosando cada día le formó poco á poco una especie de estanque sólido, del cual no salió hasta el mes de agosto siguiente, es decir, trescientos treinta días después. Pusimosnos, pues, á hacer preparativos para nuestro invernadero, con tanta mayor actividad, cuanto que era preciso reparar el tiempo perdido á causa del accidente mencionado. La mayor parte de las provisiones fué puesta sobre el hielo, ó en los almacenes construidos en la nieve, á fin de aumentar el espacio, naturalmente reducido, á bordo de un buque tan pequeño como el nuestro, donde la renovación del aire y una rigurosa limpieza exigían cierta amplitud para nuestra habitación. Cubrióse el puente del buque con una tienda de lana, fortificada por los costados con una muralla espesa de nieve, que impedía la pérdida del calor interior, que no hubiéramos podido de otro modo conservar sin gran consumo de combustible.

» En enero se emprendió una excursión de algunos días para ver si Franklin ó algun otro se había dirigido á la playa en que se había perdido la *Furia* en 1824, y en la cual se había desembarcado mucha parte de las

provisiones de este buque. Esta excursión, después que el sol había desaparecido del horizonte para no volver á aparecer hasta pasados ciento diez días, nos permitió asegurarnos de la posibilidad de un viaje, aun en tal época del año, gracias á las hábiles disposiciones tomadas por M. Kennedy. Con efecto, habíamos adoptado el género de vida y las costumbres de los esquimales y de los indios para nuestros viajes, y fácil nos fué ver como la naturaleza los ha provisto de medios muy superiores á los que ofrece una civilización refinada. Los vestidos de pieles, y las botas de piel de foca componían nuestro arreo; el pemmican (1), nuestro alimento exclusivo; trineos con ó sin perros, nuestros medios de transporte para los víveres y escaso equipaje, y una choza construida de nieve nuestro abrigo por la noche. No quiero decir que hayamos hallado todo fácil ó agradable, pero cada uno de nosotros había hecho de antemano el sacrificio de su bienestar material, y ciertamente no hay fatigas que no estuviéramos dispuestos

(1) Preparación india de viandas que contiene en poco volumen mucha cantidad de alimentos nutritivos.

á arrostrar, y muy felices si podíamos salir con gloria de la santa misión que nos habíamos impuesto. »

Después de muchos viajes preliminares, en los que formábamos depósitos de víveres por el camino que pensábamos seguir después, nos despedimos del buque á últimos de febrero para no volver á él hasta junio, viviendo en el intervalo con los víveres que trasportaban los trineos tirados por perros, y otros que arrastrábamos nosotros, y siguiendo la costa, ó atravesando los hielos de la bahía de Coswell, de Brentfort y del estrecho Victoria, llegamos á tierras nuevas que habíamos atravesado al Oeste hasta 100 grados de longitud (Greenwich) Oeste; y después de visitar el cabo Walker, volvimos al Puerto-Leopoldo, y por fin al buque. En los cuatro últimos meses, habíamos pasado de una constante oscuridad á una luz perpetua, y nos habíamos hallado expuestos á una temperatura de 44 grados centígrados bajo cero. Este viaje no había tenido resultados muy fatales para ninguno de nosotros, excepto esas congelaciones parciales que habíamos sufrido por mas ó ménos tiempo, pero, en las cuales, la mayor parte de las veces las fricciones de nieve habían restablecido in-

El *Principe-Alberto* abriéndose camino en medio del hielo.

mediatamente la circulación de la sangre. No tengo tiempo para entrar en los detalles tan curiosos de esta vida, casi todos acompañados de peligros enteramente olvidados, hoy que la conservación de nuestra existencia solo nos deja en el corazón la gratitud á *Aquel* que todo lo tiene en su mano.

El honor de los descubrimientos geográficos recae justamente en los jefes de las expediciones; ellos tienen toda la responsabilidad, ellos deben hacer la descripción de los países nuevos que han reconocido dándoles nombre que quedan en los mapas.

El escorbuto nos había atacado de tal manera, que al volver al buque, nuestro primer cuidado fué combatirlo, y en ello ocupamos los meses de junio y julio. Al mismo tiempo hacíamos nuestros preparativos para dejar nuestra prisión de hielo, y el 6 de agosto salimos de la bahía de Balty, después de haber abierto un canal en el hielo. El 20 de agosto encontramos un buque de la escuadra de sir Ed. Belcher, enviado de Inglaterra, á principios de 1832, para explorar el canal de Wellington, é ir al encuentro de dos buques que pasaron el estrecho de Behring, y sobre la suerte de los cuales, se comenzaba á abrigar viva inquietud. Nuestra misión estaba cumplida; habíamos demostrado que Franklin no ha podido pasar al Sud del cabo Walker, puesto que la tierra se extiende por aquella parte, donde se suponía anteriormente que existía la mar. Así, la expedición del *Príncipe-Alberto* ha contribuido á estrechar mas y mas el círculo de las direcciones probables que ha podido tomar Franklin, y hoy parece demostrado que ha tomado el camino al Norte del canal Wellington. Esta dirección era explorada por buques provistos con todos los elementos necesarios para un buen éxito; regresamos, pues, á Escocia, pasando por las peripecias de una segunda navegación en los hielos.

Se puede probar, que, suponiendo á Franklin abandonado á sus propios recursos, ha podido encontrar, con su reconocida energía, en los mismos países nuevos recursos; con fe en mi opinión respecto de este asunto, yo volvería á partir con gusto en busca suya, porque tengo la firme convicción de que podemos esperar volver á ver á estos atrevidos navegantes.

J. BELLOT.

La mano roja,

POR NATHANIEL HAWTHORNE.

En la segunda mitad del siglo pasado, vivía un sabio muy entendido en todos los ramos de la física. Poco antes de la época en que comienza nuestra historia, había sentido la influencia de una afinidad moral, mas poderosa que todas las afinidades químicas. Es decir que había abandonado su laboratorio al cuidado de un ayudante, borrado de su bella fisonomía todas las señales del humo de su hornillo, lavado las manchas que los ácidos habían impreso en sus manos, y persuadido á una encantadora joven á casarse con él.

En aquellos tiempos, en que el descubrimiento comparativamente reciente de la electricidad, y otros misterios de la naturaleza, análogos á este, parecía que abrían el camino de una región llena de milagros, no era extraño que el amor de la ciencia rivalizase en intensidad y energía absorbente con el amor de la mujer. El entendimiento, la imaginación, el corazón mismo encontraban un alimento simpático en investigaciones que, según lo creían algunos de los que se dedicaban á ellas, debían hacerlos subir, uno tras otro, todos los escalones que conducen al poder, y darles por fin el secreto de la fuerza creadora, hasta tal punto, que todo físico podría crearse para sí mismo nuevos mundos.

No sabemos si Aylmer poseía tal grado de fe en el próximo imperio del hombre sobre toda la naturaleza; pero sea como quiera, se había consagrado muy sinceramente al estudio de las ciencias, para que ninguna otra pasión pudiera apartarlo de ellas para siempre. Podría acontecer, sin duda, que el amor de su mujer fuera el mas fuerte; pero era preciso para esto que se confundiera en cierta manera con su amor á la ciencia, y sacase de este último fuerzas que lo fortificasen.

Efectuóse, pues, esta unión, acompañada de consecuencias notables, propias para causar una profunda impresión. Poco tiempo después de su matrimonio, Aylmer estaba un día sentado junto á su mujer. Su turbación era cada vez mayor, y vióse por fin obligado á hablar.

— Georgiana, dijo él, ¿no os ha ocurrido jamás la idea de que podría hacerse desaparecer esa señal que teneis en la mejilla?

— No, ciertamente, respondió ella sonriéndose; pero observando su aire inquieto y preocupado, un color encendido le cubrió el rostro, y añadió:

— A decir verdad, tantas veces la han llamado una belleza, que hasta ahora he sido bastante simple para creerlo.

— En cualquiera otra fisonomía, tal vez, pero no en la vuestra. No, querida Georgiana, vos habeis salido tan hermosa de las manos de la naturaleza, que ese defecto tan leve (no sabemos todavía si se debe llamar defecto ó belleza) me choca, porque es la señal visible de la imperfección terrestre.

— ¿Qué os choca, decis? replicó Georgiana profundamente ofendida. Ruborizóse en seguida de despecho, y después prorumpiendo en llanto, continuó:

— ¿Porqué, pues, haberme arrancado de los brazos de mi madre? Vos no podeis amar lo que os choca.

Para explicar esta conversacion, necesitamos decir que Georgiana tenía una señal particular en medio de la mejilla izquierda. Cuando no alteraba ninguna emoción la tez sonrosada de su rostro, la señal, de un matiz un poco mas oscuro, se confundía casi con el color que la circundaba. Cuando Georgiana se encendía, aun era mas difícil el percibirla, y concluía por desaparecer en medio del tinte de sangre que venía á colorar sus facciones. Pero cuando algun movimiento de sorpresa ó embarazo la hacia palidecer, la señal reaparecía, mancha roja sobre la nieve, y Aylmer sentía entonces una impresión casi de espanto. Su forma era la de una mano, pero una mano de la especie mas pequeña de pigmeo. Los adoradores de Georgiana decían que una hada había tocado con su mano diminuta la mejilla de la criatura el día que nació, y que la señal había quedado como un testimonio de los dones mágicos que habrían de asegurarle el imperio de todos los corazones. Muchos mozalvetes desahuciados hubieran arriesgado su vida por lograr el privilegio de oprimir con sus labios esta mano misteriosa. Pero no debemos ocultar, sin embargo, que la impresión producida por esta señal de hada variaba extraordinariamente según el carácter de los que la veían. Ciertas personas descontentadizas, — pero todas del sexo de Georgiana, — sostenían que la sangrienta mano, como se complacían en llamarla, destruía completamente el efecto de su belleza, y aun hacia horrible su fisonomía. Pero tan razonable sería decir, que una de las pequeñas betas azuladas, que se encuentran á veces en el mármol mas blanco, convierten á la Eva de Powers en un monstruo. En cuanto á los observadores del otro sexo, si la señal de nacimiento no aumentaba su admiración, se contentaban con desear que desapareciese, á fin de que el mundo poseyera un modelo vivo de la belleza perfecta sin la sombra de un defecto. Después de su matrimonio, — porque antes no se había ocupado de ello, Aylmer reconoció que formaba parte de esta categoría.

Si Georgiana hubiera sido ménos hermosa, si el demonio de la envidia hubiera hallado otra cosa que criticar, la gracia de esta mano en miniatura, tan pronto dibujada confusamente, tan pronto borrada para reaparecer con mayor viveza, según las diversas emociones que hacían palpar su corazón, hubiera contribuido á aumentar el amor de Aylmer. Pero viendo á su mujer tan perfecta, este defecto único le era de día en día mucho mas insoportable. Aquella era la marca fatal de la humanidad, que la naturaleza graba de una manera indeleble, bajo una ú otra forma, sobre todas sus producciones, para indicar que todas son temporales y finitas, ó que su perfección debe obtenerse con el trabajo y el sufrimiento.

La mano roja era el emblema del inevitable abrazo que da la muerte á las mas nobles y mas hermosas criaturas de la tierra, para rebajarlas al nivel de las infimas, al nivel del mismo bruto; todos los cuerpos vuelven al polvo de donde salieron. Reconociendo en esta señal el símbolo de la esclavitud de su mujer al pecado, á la pena, á la decadencia y á la muerte, la sombra imaginación de Aylmer no tardó en considerar aquella mano pequeña como un objeto terrible, que le causaba mas tormentos y horror que le habían causado placer la belleza espiritual y corporal de Georgiana.

En aquellos momentos que debían de ser los mas dulces, sin quererlo, y á despecho de sus propósitos firmes, recaía siempre en tan desagradable asunto. Por indiferente que le pareciera esto al principio, aquella mano se ligó de tal modo con una multitud de ideas, que concluyó muy pronto por ser el punto céntrico de todas ellas. Desde el crepúsculo de la mañana, Aylmer, al abrir los ojos, reconocía en la figura de su mujer el símbolo de la imperfección; y cuando estaban sentados por la noche junto á la lumbre, sus miradas se dirigían furtivamente á la mejilla de Georgiana, y apercebían en ella, vacilante como la llama de la leña que ardia, la terrible mano que escribía muerte en las facciones de aquella á quien él hubiera casi adorado. Georgiana aprendió muy luego á temblar bajo el influjo de estas miradas. Una ojeada era bastante, con la expresión que la figura de su marido tenía con frecuencia, para cambiar las rosas de sus mejillas en una palidez mortal, en medio de la cual la mano roja se destacaba netamente como un bajo relieve de rubies sobre el mármol mas blanco.

Una noche, tan tarde ya que la claridad de la lámpara se había debilitado hasta el punto de hacer visible apenas la señal de la mejilla de la pobre mujer, ella misma abordó, por la vez primera y voluntariamente, este asunto:

— ¿Recordais, mi querido Aylmer, dijo, procurando sonreírse, recordais lo que habeis soñado la noche pasada acerca de esta odiosa mano?

— ¡No, no, absolutamente nada! respondió Aylmer estremeciéndose. Y en seguida añadió con tono seco y glacial, para ocultar su profunda emoción:

— Pero es muy posible que haya soñado con ella, porque esa marca me ha preocupado vivamente antes de dormirme.

— Sí, habeis soñado con ella, continuó Georgiana con precipitación, temiendo que las lágrimas vinieran á interrumpir lo que quería decir. ¡Era un sueño terrible! Me admira que hayais podido olvidarlo. ¡Es posible olvidar estas palabras: *Llega hasta el corazón... y sin em-*

bargo, es preciso extirparla! Reflexionad, amigo mio; yo quería que recordaseis este sueño.

Muy malo está el espíritu cuando el sueño no puede retener sus fantasmas en la región oscura de su imperio, y los deja huir para turbar nuestra vida con secretos que pertenecen quizás á otra existencia. Aylmer recordó su sueño. Se había imaginado que con su ayudante Aminadab ensayaba una operación para arrancar la marca de nacimiento. Pero cuanto mas penetraba el escalpelo, mas se hundía la mano fatal, hasta que por último apareció grabada en el corazón de Georgiana, de donde el inexorable marido estaba, á pesar de todo, resuelto á extirparla.

Cuando este sueño se reprodujo en su memoria con todos sus detalles, Aylmer permaneció sentado en presencia de su mujer con la confusión de un culpable. La verdad se envuelve muchas veces en el manto del sueño para llegar á nuestro espíritu, y entonces nos habla con implacable claridad de cosas, sobre las cuales erramos sin saberlo cuando estamos despiertos. Hasta entonces no había conocido la influencia tiránica que ejercía esta idea en su imaginación, y del largo camino que tenía que andar para volver á encontrar la tranquilidad perdida.

— Aylmer, dijo Georgiana con tono solemne, no sé lo que puede costarnos el borrar este signo fatal. Tal vez una deformidad incurable será el resultado de vuestras tentativas, tal vez esta marca está ligada íntimamente á mi existencia. Por la última vez, ¿conoceis algun medio para hacer desaparecer á cualquier precio esta mano pequeña que, por decirlo así, se ha apoderado de mí antes de nacer?

— Querida Georgiana, mucho tiempo he meditado sobre este asunto, interrumpió con precipitación Aylmer, y estoy convencido de la posibilidad de hacerla desaparecer.

— Si existe esa posibilidad, ensayad, cualquiera que sea el riesgo que yo pueda correr. El peligro no me amedrenta; porque la vida, — mientras que este signo odioso me haga aparecer á vuestros ojos como un objeto de disgusto y horror, — la vida es para mí carga insoportable, y con alegría me libraré de ella. Quitadme esa mano terrible, ó quitadme esta vida desgraciada. Sois un gran sabio; el mundo entero ha sido testigo de las maravillas que habeis hecho. ¿No podeis arrancar esta mano pequeña que bastan á ocultar las extremidades de dos dedos? ¿No está en vuestro poder el asegurar de ese modo vuestra propia tranquilidad, y el salvar á vuestra mujer de la locura?

— ¡Noble, querida y tierna amiga mia! exclamó Aylmer lleno de gozo. No dudeis de mi poder. Ya he consagrado á este asunto mi mas seria atención, atención que hubiera bastado casi para crear un ser ménos perfecto que vos. Georgiana, vos me habeis hecho penetrar mas profundamente en el corazón de la ciencia. Me siento con toda seguridad capaz de hacer esa querida mejilla tan perfecta como su compañera, y entonces, ¡cual será mi triunfo, cuando haya corregido la imperfección que la naturaleza había dejado en su obra mas hermosa! Pígalion mismo, al animarse su estatua, no sintió trasportes mas grandes que los que sentiré yo en tal momento.

— En ese caso, está decidido, dijo Georgiana con débil sonrisa. Y no me tengais compasión, Aylmer, aun cuando veais que la marca se refugia en mi corazón.

Su marido le besó afectuosamente la mejilla... la mejilla derecha.... no aquella que llevaba el sello de la mano roja.

Al día siguiente, Aylmer dió parte á su mujer de un plan que había concebido, y que le permitía consagrar todo su tiempo y atención á operación tan interesante, mientras que Georgiana gozaria del reposo indispensable para el buen éxito. Debían retirarse á las habitaciones que habían servido de laboratorio á Aylmer, y en las que, durante su laboriosa juventud, había hecho descubrimientos que habían excitado la admiración de todas las sociedades científicas de Europa. En el silencio y la tranquilidad de este laboratorio había estudiado, el páldo físico, los secretos de las mas elevadas regiones de las nubes, y de las minas mas profundas; allí se había cerciorado de las causas que encienden y alimentan los volcanes; allí había sondeado los misterios de las fuentes y manantiales, y averiguado porqué las unas brotan del seno negro de la tierra tan brillantes y tan puras, al paso que vienen otras tan cargadas de ricas cualidades medicinales. Allí tambien, en época mas antigua, había estudiado las maravillas del cuerpo humano, intentando explicar de qué modo se asimila la naturaleza á todas las preciosas influencias del aire y de la tierra y el mundo espiritual, para criar y desarrollar al hombre, su obra maestra.

Sin embargo, mucho tiempo hacía que Aylmer había abandonado esta última investigación, reconociendo involuntariamente esta verdad, contra la que vienen á estrellarse mas pronto ó mas tarde todos los curiosos, á saber, que nuestra madre, la gran creatriz, á pesar de entretenernos, fingiendo trabajar á la luz del día, no deja de guardar con mucho cuidado sus secretos, no señalándonos, á pesar de su fingida franqueza, mas que los resultados. Es verdad que nos permite destruir, pero raras veces, reparar, y nunca hacer, celosa como si fuera un *inventor con privilegio*. Esto no obstante, Aylmer emprendió nuevamente sus investigaciones, ya casi olvidadas, no ya con la esperanza que había concebido antes, sino porque encerraban muchas verdades fisiológicas, y porque se encontraban en la dirección que él debía seguir para la operación de Georgiana.

Georgiana tembló al atravesar los umbrales del labo-

ratorio. Aylmer la miró con ojos alegres para tranquilizarla, pero se asustó tanto al ver como brillaba el signo de nacimiento sobre sus pálidas mejillas, que no pudo reprimir un estremecimiento convulsivo. Su mujer se desmayó.

— ¡Aminadab! ¡Aminadab! gritó Aylmer golpeando violentamente el suelo con los pies.

Al punto apareció un hombre de estatura pequeña, pero de formas vigorosas, con una cabellera larga y áspera que servía de marco á sus facciones ennegrecidas por el humo del hornillo. Este personaje había servido de ayudante á Aylmer durante toda su carrera científica. Su prontitud maquina, y la habilidad con que ejecutaba todos los detalles prácticos de las experiencias de su maestro, sin comprender un solo principio, hacían de él el más útil instrumento. Con su fuerza hercúlea, su desordenada cabellera, su cara ahumada, y el carácter indescriptiblemente material que lo cubría como con una corteza, representaba la naturaleza física del hombre, mientras que la talla esbelta de Aylmer, su rostro pálido y lleno de inteligencia ofrecían un tipo no menos perfecto de su elemento espiritual.

— Abrid la puerta del gabinete, Aminadab, dijo Aylmer, y quemad una pastilla.

— Sí, señor, respondió Aminadab, mirando atentamente el cuerpo inanimado de Georgiana, y después dijo entre dientes:

— Si fuera mi mujer, no procuraría yo borrar esa señal.

Al recobrar Georgiana el conocimiento, sintió un perfume penetrante, cuya dulce influencia la había hecho volver en sí. La escena que tenía ante sus ojos le pareció una mansión encantada. Aylmer había convertido los cuartos sombríos y ahumados, en que había pasado sus mejores años buscando las causas ocultas, en una habitación digna de aposentar á una mujer hermosa. Las paredes estaban cubiertas con telas magníficas, que comunicaban al gabinete el aire de grandeza y elegancia que no puede dar ningún otro adorno; y al caer desde alto abajo, los anchos pliegues de aquellos pesados tapices, ocultando los ángulos y las líneas rectas, parecía que ocultaban un espacio cogido en el seno de lo infinito. Georgiana podía imaginar que se hallaba en un pabellón en medio de las nubes. Aylmer, al desterrar los rayos del sol, que hubieran estorbado sus operaciones químicas, los había reemplazado con lámparas perfumadas, que producían llamas de diversos colores, refundiéndose todas en una dulce claridad de púrpura. En aquel momento estaba de rodillas junto á su mujer, contemplándola con interés, pero sin alarma, porque confiaba en su saber, y se sentía capaz de trazar al rededor de ella un círculo mágico, que ningún mal pudiera penetrar.

— ¿Dónde estoy!... ¡Ah! ¡ya me acuerdo! dijo Georgiana con voz débil y trémula. Y al mismo tiempo llevó la mano á su mejilla para ocultar á los ojos de su marido el signo terrible.

— ¡No temais nada, amiga mía! contestó él. No tembleis en mi presencia. Creedme, Georgiana, estoy contento con esta única imperfección, porque me ocasionará la dicha de hacerla desaparecer.

— ¡Oh, perdon, perdon! repuso tristemente su mujer. Os lo suplico, no volvais á mirar este signo. No puedo olvidar ese estremecimiento de disgusto.

Para calmar á Georgiana, y para aliviar, hasta cierto punto, su imaginación del peso de las cosas actuales, Aylmer le enseñó algunos secretos entretenidos que había descubierto en el camino de la ciencia. Imágenes aéreas, ideas absolutamente privadas de cuerpo, formas de insubstancial belleza vinieron á danzar ante ella, y las huellas de sus pasos ligeros parecía que se imprimían por un momento en los rayos de luz. Aunque tuviese una idea vaga del modo como se producían esos fenómenos de óptica, sin embargo, la ilusión era casi bastante perfecta para justificar su creencia en el poder que ejercía su marido en el mundo espiritual. Luego, cuando deseó ver lo que pasaba fuera de allí, al punto, respondiendo á su pensamiento, la procesion de la vida exterior desfiló ante su vista en un bastidor. La escena y los personajes estaban perfectamente representados, pero con la diferencia seductora é inexplicable que hace siempre una sombra, una imagen, un cuadro, mas atractivos que el original. Cuando Georgiana se cansó del espectáculo, Aylmer la rogó que mirase una vasija llena de tierra. Ella obedeció, al principio sin interés, pero muy pronto se vió agradablemente sorprendida viendo romper la tierra á un germen de planta; en seguida se levantó un tallo débil... las hojas se desplegaron gradualmente... y en medio de ellas apareció una fresca y preciosa flor.

(Se continuará.)

Círculos espirituales.—Toques espirituales.

Hay ciertos hechos en la historia moral de los pueblos, que difícilmente podrían explicarse por ninguna de las reglas fisiológicas que se han reconocido hasta ahora como características de la índole humana. Todos los pueblos tienen, por decirlo así, una fisonomía que les es peculiar, y que sirve como de criterio para ex-

plicar sus actos: unos son fanáticos, otros incrédulos; aquellos nobles y generosos; estos egoístas y mezquinos; y después de establecido su carácter, su historia no es mas que el corolario de las cualidades que los distinguen.

Los Estados-Unidos ofrecen al observador el contraste mas singular del carácter utilitario, material y desengañado de las edades proveya y decrepita, y las ilusiones mas caprichosas y vagas de la infancia; á tal punto, que puede decirse que son al mismo tiempo el pueblo mas incrédulo, y el mas sencillamente crédulo y preocupado de la tierra. Los absurdos que allí se admiten, aun por la parte elevada de la sociedad, provocarían la risa mas cordial entre los pueblos menos cultos de la América española, tan llenos de superstición como pródigos é indolentes ante las riquezas, cuya necesidad desconocen.

Vamos á hablar de un hecho que ha llamado y llama la atención en la actualidad, á causa del proselitismo que está desarrollando, no obstante la burla y el desprecio con que la prensa lo ha perseguido desde su obscuro nacimiento. Nos referimos á los *círculos espirituales*.

Estos círculos los constituye una ó mas personas, generalmente de una clase inferior de la sociedad, que se dan el nombre de *Medios* (medium), porque se atribuyen la facultad de evocar los espíritus de los que fueron, traerlos y formar un cóncave á donde concurren todos los que quieren ponerse en comunicación con ellos, por la intervención de los iniciados, constituyéndose de este modo el círculo espiritualista. Esta absurda preocupación tuvo su origen hará como dos años en el Estado de Nueva York, en la ciudad de Rochester, en donde vivían unas pobres mujeres, que dijeron haber sido inspiradas y haber recibido la misión de poner en comunicación directa á este mundo con el otro. Como prueba de su misión señalaban ciertos golpes que se oían en las paredes y en los muebles de la casa en que se albergaban, sin que nadie pudiese darse cuenta de la causa que los producía. Pero las iniciadas sostenían que era el medio de que se valían los espíritus para comunicarle sus respuestas, negándose á golpear cuando no querían responder á la persona que iba á interrogarlos. De aquí es que también se da á esta nueva secta, que ya podemos calificarla con tal nombre, el de *spiritual knockings* (los toques espirituales).

Estos círculos se encuentran hoy establecidos en todas las ciudades de la Union, y es ya muy considerable el número de las personas que creen en su origen espiritual, y que van á ellos á conversar con sus antepasados, con sus hijos y amigos, á turbar el reposo del venerable Washington, y aun á evocar las sombras de Aristóteles y Platon para recibir contestaciones ridículas, casi siempre destituidas de sentido racional; á pesar de lo cual corren y se aceptan como manifestaciones de aquellas almas privilegiadas, que al fin de tantos siglos han obtenido permiso de intervenir otra vez en los asuntos de esta vida.

Al principio solo se vió en esta invención una especulación ingeniosa para explorar á los tontos, á quienes se cobraba un duro por cada rato de conversacion con los habitantes de las tumbas. Mas pronto comenzaron á conocerse sus funestos efectos sobre los cerebros débiles, que incapaces de explicarse la razón de un fenómeno que no conocen, pierden la poca ó mucha que les ha cabido en suerte, y van á pasar el resto de sus días en la casa de locos y recogidos, cuando no quedan reducidos á la imbecilidad con sus familias. El aumento de recogidos que ha habido en estos tiempos en aquellos asilos por esta causa, ha sido objeto de discusión pública en todos los Estados de la Confederación, y ya se cree indispensable abandonar las armas del ridículo con que se había combatido la necia credulidad de los nuevos sectarios, y apelar á las autoridades para que se persiga y castigue á los llamados medios, como vagos y mal entretenidos.

Entre tanto el número de estos sigue aumentándose. Los hay ya en California, en Inglaterra y en los Estados-Unidos; se encuentran recorriendo las poblaciones y especulando en todas partes, hasta á bordo de los vapores, con sus toques espirituales. Pero al mismo tiempo, otros de la cofradía, mas audaces, no satisfechos con las escasas propinas de los curiosos y crédulos, trataron de aplicar la ridícula invención á mas altas empresas, demostrando hasta la última evidencia la mala fe y la corrupción de los que la practican.

Hace algunos meses, una mujer vulgar logró persuadir á un habitante rico de Rochester de que debía establecer un banco de depósito y descuento bajo la dirección de los espíritus de los generales Washington y Hamilton, que serían por su medio consultados para todas las operaciones. La mujer estaba en combinación con otros medios, los cuales fueron nombrados por consiguiente dependientes del banco espiritualista. Abrióse este, pusieron en circulación los billetes, se dió principio á los negocios, y no obstante que Washington y Hamilton eran consultados antes de celebrarse las transacciones mas sencillas, á los pocos días se notó algun desfaleo, y habiendo avisado los directores espirituales, por medio de la mujer, que iban á ser robadas las cajas del banco, los empleados en él, que eran sus confabulados, resolvieron esconder el dinero. Quebró por consiguiente el establecimiento, habiendo alcanzado apenas los bienes del crédulo banquero para pagar una parte de los compromisos contraídos bajo su firma. Quedó pues en la miseria; y lo que es peor, perdió con sus bienes la razón, y hoy se encuentra en una casa de locos, habiendo deitado sumida en la desesperación á una

familia respetable. Algunos de sus verdugos fueron presos; mas hasta ahora no se ha probado legalmente su crimen.

Este suceso fué discutido entónces y registrado en todos los periódicos para ilustrar á la opinion é impedir la repetición de otros semejantes; y sin embargo, en estos últimos días, en la inmediación de Nueva York, en Brocklyn, ciudad de cerca de 100,000 almas, acaba de perpetrarse otro crimen semejante, cuyas consecuencias no han sido menos dolorosas.

M. George Doughty, agricultor de Flushing, casado, con tres hijos y nietos, dueño de una fortuna de 30,000 duros en propiedades, entró en el círculo de una tal Mrs. French, y á poco comenzó á manifestar síntomas alarmantes de enagenación mental. Aquella mujer y sus confabulados lograron persuadirle de que estaba en comunicación con el alma de un hermano suyo, que había muerto diez años ántes, á quien él había querido tiernamente. Su deleite era pasar largas horas en conversacion con él por medio de Mrs. French, la cual escribía á veces las contestaciones del espíritu, en presencia de M. Doughty, persuadiéndole de que el alma del difunto dirigía su mano. La fascinación del crédulo agricultor llegó hasta el punto de sostener que aunque él veía escribir á Mrs. French, la forma de la letra era la de su hermano, bien diferente de la de aquella cuando escribía por su mano. En una de estas comunicaciones espirituales, el espíritu de su hermano le ordenó que prestase 5,000 duros á la misma Mrs. French, lo cual cumplió en el acto M. Doughty hipotecando varias de sus propiedades para conseguir el dinero. Poco tiempo después, recibió otra comunicacion, en la que su hermano le ordenó por medio de Mrs. French, que comprase una patente de invención para dorar el hierro, la cual se ofrecía en venta por 8,000 duros. El poseedor de esta patente era uno de los cómplices de Mrs. French, que quería deshacerse de ella porque no valía nada, como después se demostró, y M. Doughty hizo otro nuevo sacrificio para entregar los 8,000 duros. Ultimamente trató hasta de adoptar á Mrs. French, mujer de 35 á 40 años, que había adquirido un completo ascendiente sobre el ya lelo M. Doughty.

La familia de este y sus amigos habían descubierto la trama infernal de que era víctima; mas, cosa extraña, no encontraban en la legislación del país ningún recurso legal para salvarlo. Fué preciso aguardar hasta que M. Doughty perdiese enteramente la razón, viéndose obligados entónces á mandarlo á la casa de locos. En seguida se presentaron pidiendo una declaratoria legal de su estado y una investigación de los hechos referidos, con cuyo fin se constituyó el tribunal con 24 jurados en el asilo de locos, y abrió una inquisición formal, de la cual resultó plenamente comprobada la infame espoliación, y el estado de completa locura en que se encontraba la víctima.

El jurado mandó en consecuencia dividir sus propiedades entre su mujer y sus descendientes, los cuales alcanzarán bien poca cosa después de la liquidación que debe practicarse para pagar las cantidades entregadas á Mrs. French. Esta luego que supo que el asunto había caído en manos de la justicia, desapareció del Estado, y se sabe que se ha dirigido al Sur con sus compañeros. Hasta ahora no ha sido posible aprehenderlos.

Hace pocas semanas que un impresor, honrado padre de familia de Nueva York, habiendo entrado en un círculo espiritualista, principió á tener conferencias con una hija que se le había muerto hacia algunos meses, y muy luego comenzó á perder la razón. Tales eran las descripciones que los espíritus le hacían de la felicidad que gozaban en la otra vida; pues es preciso advertir que hasta ahora no se ha oído de ninguno que se queje de haber salido de este valle de lágrimas que tomó la resolución de irse cuanto ántes á participar de las celestes delicias, y con este fin se suicidó, dejándolo así declarado en una carta de despedida á su esposa y sus tiernos hijos.

Por último, en este momento llega á nuestras manos un periódico de Illinois, en el cual, después de referirse un suceso semejante al de M. Doughty, que acababa de ocurrir en el condado de Macoupin, dice que con él se completan cinco casos de locura acaecidos en solo aquel condado en el espacio de cuatro ó cinco meses, pagando caramente las víctimas del sacrilego espiritualismo su credulidad, en la casa de locos del Estado.

Hasta ahora, sin embargo, ninguna medida se había dictado contra secta tan pernicioso, la cual sigue explotando á los crédulos, profanando la memoria de los que fueron, y enviando á las casas de locos un número alarmante de desgraciados. Se ve además por lo narrado, que no solo la clase ignorante está expuesta á la enfermedad espiritualista, sino que ha alcanzado á clases mas altas, contándose entre sus víctimas hasta el juez Edmond, uno de los jurisconsultos mas respetables del estado de Nueva-York, que fué separado hace poco tiempo del alto destino que ocupaba en el tribunal superior, y poco después conducido á la casa de dementes por esta misma causa.

¿Es creible que tales cosas sucedan en los Estados-Unidos, país en que mas que en otro alguno está generalizada la ilustración?

Si sucesos semejantes ocurriesen en países españoles, ellos solos bastarían para que se les calificase de fanáticos, ignorantes y sacrilegos; mas como acontecen en los Estados-Unidos, sin dejar de tener su origen en la ignorancia, el fanatismo y la profanación, apenas se dirá de ellos que son el país de las paradojas.

LAS BRISAS TIROLIANAS

VALS.

Allegro vivo.

1.
Piano.

First system of the first piece. Treble staff: *fz*, *fz*, *cres.*. Bass staff: *fz*, *fz*, *cres.*

Second system of the first piece. Treble staff: *F*, *fz*, *F*. Bass staff: *fz*, *fz*, *F*

Third system of the first piece. Treble staff: *FIN.*, *FF*. Bass staff: *FF*, *FF*

Fourth system of the first piece. Treble staff: *f*, *fz*, *f*, *fz*. Bass staff: *f*, *fz*, *f*, *fz*

2.

First system of the second piece. Treble staff: *f*, *fz*, *f*, *fz*. Bass staff: *f*, *fz*, *f*, *fz*

Second system of the second piece. Treble staff: *f*, *fz*, *f*, *fz*, *ff*, *ff*, *F*. Bass staff: *f*, *fz*, *f*, *fz*, *ff*, *ff*, *F*

Third system of the second piece. Treble staff: *ff*, *ff*, *FIN.*. Bass staff: *ff*, *ff*, *FIN.*

5.

First system of the third piece. Treble staff: *p*, *fz*, *p*. Bass staff: *p*, *fz*, *p*

Second system of the third piece. Treble staff: *f*, *p*, *cres.*, *f*. Bass staff: *f*, *p*, *cres.*, *f*

FIN.

First system of musical notation, measures 1-4. Treble and bass staves. Dynamics: *ff*, *p*.

Second system of musical notation, measures 5-8. Treble and bass staves. Dynamics: *ff*, *p*, *f*.

4.

Third system of musical notation, measures 9-12. Treble and bass staves. Dynamics: *f*.

Fourth system of musical notation, measures 13-16. Treble and bass staves. Dynamics: *f*. **FIN.**

Fifth system of musical notation, measures 17-20. Treble and bass staves. Dynamics: *ff*, *p*.

Sixth system of musical notation, measures 21-24. Treble and bass staves. Dynamics: *cres.*, *f*.

5.

Seventh system of musical notation, measures 25-28. Treble and bass staves. Dynamics: *p*, *cres.*.

Eighth system of musical notation, measures 29-32. Treble and bass staves. Dynamics: *p*, *cres.*.

Ninth system of musical notation, measures 33-36. Treble and bass staves. Dynamics: *f*. **FIN.**

6.

Tenth system of musical notation, measures 37-40. Treble and bass staves. Dynamics: *f*, *sz*.

Eleventh system of musical notation, measures 41-44. Treble and bass staves. Dynamics: *sz*. **FIN.**

Twelfth system of musical notation, measures 45-48. Treble and bass staves. Dynamics: *sz*, *loco.*

BERNARDO.

HISTORIA PARA CAZADORES.

POR ALEJANDRO DUMAS.

(Conclusion.)

Lo perseguimos todo el día y abandonamos su pista al anocheecer, sin volver á encontrarla, aunque Bernardo hizo saber á todos los guarda-bosques de las inmediaciones, que si llegaban á matar un jabalí sin rabo, encontrarían este en el ojal de Bobino.

Sin embargo, aunque la cacería fué en extremo divertida para nosotros, no había llenado el objeto que se proponía el inspector, pues este había recibido orden terminante de exterminar toda la raza del jabalí.

Por eso al separarse de los guardas indicó el inspector otra cacería para el juéves siguiente, disponiendo que entre tanto se acorralasen todas las piezas posibles.

Y como el juéves es día de asueto, obtuve de M. de Violaine permiso para ser de la partida y para asistir á las demás en igual día y en domingo.

La cita se fijó de la *Misa de San Huberto*.

Llegamos M. de Violaine y yo á la hora convenida, y encontramos á todos los demás: había tres piezas acorraladas: dos jabatos y una hembra.

Se supone que todos los guardas preguntaron á Bobino por la salud del jabalí de marras; pero él supo contestar con gracia, que el rabo seguía sin novedad alguna pendiente del ojal: y en efecto lo llevaba pendiente.

Ya hemos dicho que había tres jabalíes que combatir; uno en la demarcación de Berthelin, otro en la de Bernardo y el tercero en la de Mona.

Se empezó por el mas inmediato, que era uno de los jabatos acorralado por Berthelin; antes de que salvase el recinto fué muerto por Mildet, quien le introdujo una bala en el corazón.

Pasamos al segundo, que estaba á una legua escasa de allí. Bernardo, segun costumbre, nos condujo á la Casa-Nueva para refrescar, despues de lo cual nos pusimos en marcha.

Se formó el cordon, y M. de Violaine me colocó entre su persona y un guarda de confianza llamado Francisco. A este seguía Mona y despues no recuerdo quién: debíamos atacar á la hembra.

Bernardo entró en el bosque con su sabueso y levantó al jabalí. Sentimosle acercarse por el ruido de sus quijadas. M. de Violaine le disparó los dos tiros, aunque sin tocarle; yo hice lo mismo, pero era la primera vez que lo verificaba y tambien erré: por último, Francisco le disparó acertándole de medio á medio; pero la fiera dió media vuelta y acometió á su adversario. Francisco le dirigió su segundo tiro á boca de jarro, pero al mismo tiempo él y el jabalí no formaron mas que un grupo informe. Oímos un grito desgarrador: Francisco yacia tendido en tierra, y el animal se cebaba en él. Precipitámonos todos en su auxilio; pero llegó á nuestros oídos una voz que gritó: «No os mováis.» Permanecimos inmóviles, y entonces vimos que Mona apuntaba al grupo: el tirador estuvo como una estatua cortos momentos, salió en seguida el tiro de su arma, y herido el animal mortalmente, fué á caer cuatro pasos de Francisco.

— Gracias, viejo, dijo Francisco sosteniéndose de rodillas: si alguna vez me necesitas, ya me entiendes; amistad hasta la muerte.

— Eso no merece la pena, contestó Mona.

Corrimos todos hácia Francisco, pero solo le encontramos una mordedura en un brazo, lo cual era nada en comparacion de lo que hubiera podido sucederle: así que, seguros de que su herida no inspiraba el menor cuidado, felicitamos sinceramente á Mona por su destreza. Pero él, como no era la vez primera que se había visto en tan difícil empeño, admitió nuestros cumplimientos como hombre que no comprende la extrañeza de los demás por una cosa tan sencilla en su concepto y tan fácil de ejecutar.

Despues de ocuparnos de los hombres, examinamos la fiera. Había recibido dos balazos de Francisco, pero una de las balas se le había aplastado en el muslo, casi sin horadarle la piel, y la otra se había corrido por la cabeza haciéndole un surco sangriento. En cuanto á la de Mona, le entró por el brazuelo, dejando muerto al jabalí.

Dimos de comer á los perros, y nos pusimos en marcha como si nada hubiera acontecido, ó como si hubiéramos previsto que ocurriría, ántes de acabar el día, un suceso mucho mas terrible que el que acabamos de referir.

El tercer combate debía tener lugar en el distrito de Mona: se tomaron las mismas precauciones que en las anteriores batidas, y se formó el cerco. Yo me hallaba colocado entre M. de Violaine y Berthelin: Mona entró en el bosque para espantar la pieza, y cinco minutos despues nos anunció el perro que el jabalí estaba en campaña.

Oyóse de pronto un tiro de carabina; al mismo tiempo vi saltar las tiernas ramas de un arbusto colocado á cuarenta pasos de distancia, y resonó á mi derecha un grito doloroso. Volví la vista y vi á Berthelin sosteniéndose contra un árbol con una mano y apoyando la otra sobre el costado.

No tardó en encorvarse y caer en tierra lanzando un sordo gemido.

— ¡Socorro, grité, socorro! Berthelin está herido.

Y sin detenerme un segundo me precipité hácia él se-

guido de M. Violaine, mientras se replegaban hácia nosotros todos los cazadores.

Berthelin estaba sin conocimiento, y al levantarlo vimos que derramaba muchísima sangre de una herida que había recibido encima de la cadera izquierda: la bala había quedado en el cuerpo.

Estábamos al rededor del moribundo preguntándonos con las miradas quién de nosotros había disparado aquel tiro fatal, cuando vimos salir de la espesura á Bernardo, sin gorra, pálido como un espectro, con la carabina todavía humeante entre las manos y gritando:

— ¡Herido! ¡Herido! ¿Quién ha dicho que mi tío está herido?

Nadie le contestó, pero le señalamos el moribundo, que vomitaba ya sangre en abundancia.

Bernardo se adelantó con la mirada torva, cubierta la frente de sudor frio y los cabellos enrespados: próximo ya al herido, arrojó una especie de rugido lastimero, hizo pedazos la caja de la carabina contra un árbol, y tiró el cañón á cincuenta pasos de nosotros.

Despues cayó de rodillas y rogó á Berthelin que le perdonase; pero Berthelin había ya cerrado los ojos para no abrirlos.

Formamos sin perder tiempo unas parihuelas, pusimos aquel cuerpo en ellas y lo llevamos á casa de Mona, situada á tres ó cuatrocientos pasos del sitio en que había ocurrido el accidente. Bernardo iba al lado de las parihuelas, sin pronunciar una palabra, sin derramar una lágrima, estrechando la mano de su tío. Entre tanto uno de los guardas partió al galope en el caballo del inspector para avisar á un médico de la ciudad.

Media hora despues llegó efectivamente el facultativo para anunciarnos lo que ya conocíamos todos, á saber: que la herida era mortal.

Era preciso llevar esta noticia á la mujer del herido: el inspector se encargó de tan triste deber, y se preparó á cumplirlo: entonces se levantó Bernardo y le dijo:

— Se entiende, M. Violaine, que mientras respire Bernardo no carecerá ella de nada. ¡Pobre tía! Decidle que si quiere vivir en mi casa, será recibida en ella como si fuese mi madre.

— Sí, Bernardo, sí, le respondió M. Violaine; ya sé que eres un excelente sujeto: vamos, vamos; no ha sido por culpa tuya.

— ¡Ah! señor inspector; añadid algunas palabras semejantes á las que acabáis de pronunciar. ¡Ah! se me figura que voy á llorar.

— Lloro, amigo mio, llora, porque eso aliviará tu corazón.

— ¡Oh Dios mio, Dios mio! exclamó el desgraciado, rompiendo en llanto y cayendo en un sillón.

Nada me conmueve tanto como una gran fuerza vencida por un dolor inmenso. El aspecto del hombre que luchaba con la muerte me impresionó ménos que el del hombre que lloraba.

Salimos unos despues de otros de aquella estancia mortuoria, en la que solo permanecieron el médico, Mona y Bernardo.

Berthelin espiró aquella noche.

El domingo siguiente hubo cacería.

La cita era en el Matorral del Lobo: el inspector había citado á todos los guarda-bosques, á excepcion de Bernardo, pero no era este capaz de faltar á sus deberes. Llegó á la misma hora que los demás, pero sin escopeta ni carabina.

— ¿Porqué has venido, Bernardo? le preguntó M. Violaine.

— Porque soy jefe de la brigada, mi inspector.

— Ya, pero no he querido avisarte...

— Sí, sí; lo comprendo y os doy las gracias, pero ante todo el servicio. Dios sabe que daría mi vida porque no hubiese acontecido lo que ya no tiene remedio: y sin embargo, aun cuando yo permanezca en casa lamentando aquella desgracia, no dejaré de tener mi pobre tío seis piés de tierra sobre su cuerpo. ¡Ah, M. Violaine! hay una cosa que me atormenta, y es que ha muerto sin perdonarme.

— ¿Y cómo querías que lo hiciese? ¿Ignoras que no ha sabido quién disparó el malhadado tiro?

— Es verdad, no lo ha sabido al morir, pero ahora lo sabe: segun dicen, los muertos nada ignoran.

— Vamos, Bernardo, valor.

— ¡Oh! Ya lo tengo, M. Violaine; no lo dudeis, pero yo quisiera que me hubiese perdonado.

E inclinándose al oído del inspector, añadió:

— Ya veréis como me sucede una desgracia, tan solo porque no me ha perdonado.

— Estás loco, Bernardo.

— Es posible, pero no me abandona esa idea.

— Bien, pero calla ó hablemos de otra cosa. ¿Porqué has venido sin arma de fuego?

— Porque no pienso tocar mientras viva ni una carabina ni una escopeta.

— ¿Y con qué piensas matar las piezas?

— ¿Con qué?... Con esto. Y sacó su cuchillo de monte. M. Violaine se encogió de hombros.

— Decid lo que queráis, M. Violaine, pero así será. Además, por un jabalí he asesinado á mi tío; y habeis de saber que con arma de fuego no conoce uno cuando mata á esos animales: con el cuchillo es otra cosa. Por otra parte, ¿con qué degollamos los cerdos? Con el cuchillo. Pues bien, un jabalí no es mas que un cerdo.

— Supuesto que te niegas á las razones, es preciso dejarte.

— Sí; dejadme y veréis.

— A la caza, señores, á la caza, gritó el inspector.

Hízose lo que siempre, pero aquella vez, aunque le tocaron tres ó cuatro balas, el jabalí corrió gran distan-

cia, y solo despues de tres ó cuatro horas de persecucion se decidió á volver cara á los perros.

El cansancio del cazador desaparece en cuanto escucha el *halabí*. En vueltas y revueltas habíamos andado mas de diez leguas, pero no bien conocimos, por los ladridos de los perros, que atacaban estos á la pieza, olvidamos la fatiga y corrimos hácia el punto del bosque de donde procedía el ruido.

Conforme nos adelantábamos se aumentaba este, y de vez en cuando se veía sobre las copas de los árboles algun perro, lanzado por los colmillos de la fiera, aullando desesperadamente y abalanzándose, en cuanto caía al suelo, al cuerpo de su enemigo. Llegamos á un claro: el animal estaba acorralado junto á un árbol caído; veinticinco ó treinta perros le acometían á un tiempo; diez ó doce estaban heridos, y algunos tenían el vientre abierto; pero aquellos nobles cuadrúpedos no sentían el dolor y volvían al combate arrastrándose: era un espectáculo magnífico y horrible.

— Vamos, Mona, dijo M. Violaine: un buen balazo á ese bribon, que ha despachado ya bastantes perros.

— ¿Qué es lo que decis, señor inspector? repuso Bernardo, deteniendo el cañón del arma que Mona dirigía al grupo. ¡Un balazo á un puerco! ¡Bah! Ya le bastará una buena cuchillada. Esperad un momento y veréis.

Bernardo desenvainó el cuchillo y se dirigió al jabalí separando á los perros, que volvieron á la carga; confundiendo en seguida con aquella masa móvil y aulladora, nos fué imposible distinguir cosa alguna en dos ó tres segundos; pero de pronto hizo el jabalí un esfuerzo violento para huir, y todos nos echamos el fusil á la cara, cuando se levantó Bernardo sosteniendo al animal por las patas traseras y sujetándole, á pesar de sus sacudidas, con el puño de hierro que ya conocíamos, mientras los perros, arrojándose de nuevo sobre él, le cubrían con sus cuerpos, como con un tapiz ondulante y abigarrado.

— Vamos, Dumas, me dijo M. Violaine; á tí te toca: véte y estrénale.

Acerquéme al jabalí, que al verme redobló sus esfuerzos, chocando sus quijadas y mirándome con ojos ensangrentados; pero estaba preso por un tornillo y nada podía libertarle.

Púsele la boca de la escopeta en el oído é hice fuego.

La conmocion fué tan violenta, que el animal se escapó de las manos de Bernardo; pero solo para caer á los cuatro pasos, pues estaba muerto: le había abrasado los sesos, hablando literalmente.

Bernardo soltó una carcajada y dijo:

— Vaya: ya veo que todavía hay placeres en este mundo.

— Sí, dijo el inspector, pero si así prosigues, contarás pocos. ¿Qué tienes en la mano?

— Poca cosa: esa maldita pieza tiene la piel tan dura, que al herirla con el cuchillo, se ha cerrado este.

— Sí; y al cerrarse te ha llevado el dedo.

— Como si hubiera practicado la operacion un cirujano.

Y Bernardo extendió su mano derecha, en la cual faltaba la primera falange del dedo índice. En seguida añadió acercándose al inspector:

— El cielo es justo, M. Violaine: era el dedo con que maté á mi tío.

— Pero es preciso curar esa herida.

— ¡Curarla! si hiciese viento, ya estaría seca.

Diciendo estas palabras abrió Bernardo el cuchillo y repartió á la trailla la pitanza como si nada hubiera sucedido.

A la cacería siguiente asistió, no con cuchillo, sino con un puñal en figura de bayoneta, que había hecho fabricar en su presencia, á su hermano, armero de Villers-Cotterets, arma que no podía doblarse, romperse ni cerrarse.

Se renovó la misma esena que he descrito, pero el jabalí quedó en el sitio, degollado como un cerdo doméstico. Lo mismo aconteció en las demás cacerías, y sus camaradas dieron en llamarle *el tocino*.

Pero nada le hacía olvidar la muerte de Berthelin; poníase de día en día mas sombrío y decía al inspector:

— Cada vez estoy mas convencido de que al fin ha de sucederme una desgracia.

Habían trascurrido ya tres ó cuatro años; yo había abandonado á Villers-Cotterets, pero solía ir á pasar allí unos días: estábamos en diciembre y la tierra estaba cubierta de nieve.

Despues de haber abrazado á mi madre, fuí á casa de M. Violaine.

— ¡Hola! exclamó al verme; llegas justamente para tomar parte en una expedicion proyectada para cazar lobos.

— Ya he pensado lo mismo al ver la nieve, y celebros haberme equivocado.

— Sabemos que hay tres ó cuatro en el bosque, y como dos de ellos se encuentran en el distrito de Bernardo, le envié ayer la orden de cercarlos, previniéndole que mañana temprano estaremos en su casa.

— ¿Siempre la Casa-Nueva?

— Siempre.

— ¿Y qué hace el pobre Bernardo? ¿Persigue á las fieras á bayonetazos?

— ¡Oh! ya no hay un solo jabalí en el bosque, pues hace tiempo que fueron todos exterminados: Bernardo hizo en ellos una carnicería espantosa.

— ¿Y no se ha consolado aun?

— No: cada vez está mas triste y sombrío, y le hallarás muy cambiado. He logrado que se señale una

pensión á la viuda de Berthelin, pero ni por esas; el pobre está herido en el corazón. Añade á todo esto que es mas celoso que nunca.

— Y supongo que tan injustamente como ántes.
— Sí; su mujer es un ángel.
— Es una monomanía: y sin embargo, ¡qué buen guarda!

— De los mejores.
— De modo que nos divertiremos mañana en su distrito.

— Con toda seguridad.
— Es lo que necesitamos: por lo demás, el tiempo consolará á Bernardo.

— El tiempo, acabará de empeorar la cosa, y empiezo á creer, como él, que le sucederá alguna desgracia.

— ¿Con qué está persuadido de ello?
— Sí; y no he podido hacer que abandone ese pensamiento.

— ¿Siguen bien los demás?
— Perfectamente.

— ¿Y Mildet?
— Se ha dedicado á matar ardillas.

— ¿Y Mona?
— Antes de ayer cazamos juntos en Coyoles y mató diez y siete gallinetas sin errar un tiro.

— ¿Y Bobino?
— Ha mandado hacer con el rabo del célebre jabalí un silbato para sus perros, y declara que no descansará en este mundo ni en el otro, mientras no se apodere del resto del animal.

— ¿De modo que todo va bien ménos Bernardo?
— Así es.

— ¿Y la cita de mañana?
— A las seis.
— Corriente.

Dejó á M. de Violaine para dar un apretón manos á los antiguos amigos que he conservado en mi país. Una de las felicidades de este mundo es el haber nacido en una población pequeña, cuyos habitantes conocemos y cuyas casas nos ofrecen siempre algunos recuerdos.

A las seis de la mañana del día siguiente volví á ver á mis antiguos compañeros de caza, con carámbanos en las patillas, porque, como ya he dicho, había nevado el día anterior y hacía un frío horrible. Después de abrazarnos cordialmente nos encaminamos á la Casa-Nueva. Aun no despuntaba el día.

Cuando llegamos al Salto del Ciervo, llamado así porque un día que el duque de Orleans cazaba en el bosque, saltó un ciervo de un lado al otro del camino, encajonado allí entre dos sotos, empezaba ya á disiparse la oscuridad. El tiempo era á propósito para cazar, pues hacía doce horas que no había nevado, y por consiguiente se conocían todas las señales. Es decir que si había lobos, la partida debía ser muy agradable.

Anduvimos otra media legua y llegamos al recodo en que Bernardo solía esperarnos.

No había nadie.

Esta infracción en sus costumbres por parte de un hombre tan exacto como Bernardo, empezó á inquietarnos. Apresuramos el paso y llegamos al torrente, desde donde se veía la Casa-Nueva.

Merced al tapiz de nieve que cubría el suelo, aparecían perfectamente á la vista hasta los mas distantes objetos. Veíamos pues la casa blanca, semi-oculta entre los árboles; la columna de humo que salía de su chimenea para perderse entre las nubes, y un caballo sin ginete, aunque ensillado y con brida, que se paseaba delante de la puerta; pero no veíamos á Bernardo.

Sus perros aullaban tristemente.

Nos miramos unos á otros meneando instintivamente la cabeza y nos dimos prisa.

Cuando ya estábamos á cien pasos de la casa, contuvimos la marcha á pesar nuestro, porque un presentimiento nos hizo creer que íbamos á presenciar alguna desgracia.

A cincuenta pasos de la casa nos detuvimos.

— Sin embargo, dijo el inspector, es preciso saber á qué atenernos.

Y avanzamos de nuevo silenciosos, con los corazones oprimidos.

El caballo, al sentirnos, alargó el pescuezo hácia nosotros y empezó á relinchar.

Los perros se arrojaron contra los barrotes que les cerraban el paso, mordiéndolos con rabia.

A diez pasos de la casa había un charco de sangre y una pistola de arzon descargada.

De aquel charco partía un reguero entre pasos estampados sobre la nieve que se perdían en la puerta de la casa.

Llamamos y nadie respondió.

— Entremos, dijo el inspector.

Así lo hicimos, y encontramos á Bernardo tendido en el suelo cerca de su cama, cuya manta tenía asida entre sus crispadas manos: en la cabecera, sobre la mesa de noche había dos botellas, una vacía y la otra empezada. Bernardo tenía en el lado izquierdo una ancha herida, cuya sangre chupaba su perro favorito.

Estaba todavía caliente y hacia unos diez minutos que había espirado.

Hé aquí lo que había ocurrido: supimoslo al día siguiente por el factor de un pueblo inmediato, que fué casi testigo del suceso.

Bernardo estaba celoso de su mujer, y aunque, como hemos dicho, en nada se fundaban sus sospechas, estas se habían ido aumentando de día en día. Había salido á la una, aprovechando la luz de la luna para desorientar á los dos lobos que se hallaban en su distrito.

Una hora después de haberse marchado fueron á decir á su mujer que su padre estaba acometido de un accidente de apoplejía y que quería verla ántes de morir.

La pobre mujer se levantó, y se fué sin perder momento, y sin poder decir á donde iba, porque ni ella ni el mensajero que la dió el aviso sabían escribir.

Al volver Bernardo á las cinco de la mañana, encontró su casa desierta: tentó el lecho y lo encontró frío; llamó á su mujer, pero su mujer había desaparecido.

— Muy bien, dijo; ha aprovechado mi ausencia, creyendo que yo no volvería tan pronto. Me engaña y es preciso que la mate.

Creía saber donde estaba.

Cogió las pistolas de arzon y cargó una con catorce postas y la otra con diez y siete: se encontraron las catorce en la pistola cargada, y las diez y siete de la otra en su cuerpo.

Después ensilló el caballo, lo sacó de la cuadra y lo dejó delante de la puerta. En seguida metió una pistola en la pistolera izquierda y entró en ella perfectamente.

Pero la pistolera derecha era por casualidad mas ángosta y el arma se resistía á ocupar su sitio: Bernardo quiso hacerla entrar á la fuerza.

Echó una mano á la pistolera y con la otra apretó violentamente la pistola.

Este esfuerzo hizo que se disparase el arma y salió el tiro. Para mayor comodidad, tenía Bernardo apoyada la pistolera contra su cuerpo: toda la carga se le introdujo en el lado izquierdo abrasándole las entrañas.

El factor pasaba al mismo tiempo y corrió al oír la detonación. El coloso estaba en pié, agarrado á la silla del caballo.

— ¡Dios mio! exclamó; ¿qué ha sucedido, señor Bernardo?

— Que se ha cumplido lo que hace tiempo tenía previsto, señor Martineau. Maté á mi tío de un tiro de carabina, y acabo de matarme de un pistoletazo.

— ¡Mataros! Si no teneis nada...

Bernardo se volvió hácia él: su ropa ardía, y la sangre salía de su herida á borbotones.

— ¡Cielo santo! ¿qué puedo hacer en vuestro favor? ¿quereis que vuele á buscar un médico?

— ¡Un médico! ¿Y qué quereis que haga? ¿Salvó el médico á mi pobre tío Berthelin?

— Pero, por Dios, mandadme hacer algo.

— Pues bien, sacad dos botellas de tisana de la bodega y soltad á Rocador.

El factor, que muchas veces echaba la mañana con Bernardo, tomó la llave, bajó á la bodega, cogió dos botellas, dió suelta á Rocador y entró en el cuarto de su amigo, á quien encontró sentado y escribiendo.

— Está hecho, le dijo.

— Bien, amigo mio, le respondió el herido: dejad las dos botellas sobre la mesa de noche y marchaos á vuestros negocios.

— Pero, Bernardo...

— Idos.

— ¿Lo exigis?

— Sí.

— Pues hasta la vista.

— Adios.

El factor se marchó al punto figurándose que Bernardo no estaba tan peligrosamente herido como había dicho, porque ¿cómo había de sospechar, al ver aquella sangre fría y aquella tranquilidad, que el hombre que las conservaba estaba á las puertas de la muerte?

Nadie ha sabido lo que sucedió después de haberse ausentado el factor.

Bernardo, según todas las probabilidades, había bebido lo que faltaba en las dos botellas. Quiso después subir á su cama, pero le faltaron las fuerzas y cayó al suelo, muriendo en la postura en que acababamos de encontrarle.

Sobre la mesa había un papel, y en él se veían escritas, con mano todavía firme, las siguientes líneas.

« Encontraréis uno de los lobos en el bosque Duquesnoy: el otro ha huido.

» Adios, Mr. Violaine: bien os decía yo que al fin me sucedería una desgracia.

» Vuestro afectísimo.

» BERNARDO, jefe de guarda-bosques. »

Bien os dije yo al principio que no era una historia, ni un drama, ni una novela lo que iba á referiros, sino una catástrofe.

Pero esta catástrofe dejó en mi corazón un recuerdo indeleble.

Monumentos de los incas en el Perú.

Un americano célebre en su país, M. Squier, agregado á la diplomacia de Washington y negociador del famoso tratado de Nicaragua que metió tanto ruido en Inglaterra y en los Estados Unidos, me envió en agosto último un precioso álbum lleno de dibujos representando los antiguos monumentos de los incas del Perú, á cuyo beneficio se había propuesto escribir una historia circunstanciada del arte arquitectónico y cerámico, acompañada de un bosquejo sobre las costumbres de los antiguos habitantes de esa rica comarca. Antes de esto, M. Squier había traducido ya del español al inglés un antiguo manuscrito que encontró en una librería de Méjico, relativo á la misma materia. Como M. Squier debía salir de París al día siguiente, me fué imposible

mandar copiar los principales dibujos de su álbum; sin embargo, gracias á la amabilidad de M. W. Thompson, el entendido heliógrafo del baluarte de los Italianos, la dificultad quedó vencida, y mientras él ayudado por el sol copiaba los dibujos de M. Squier, yo me ocupé en examinar las notas del autor americano para redactar el presente artículo.

Ningun autor ha podido disipar hasta ahora las tinieblas de que se halla rodeada la cuna del pueblo Peruano; y entre los monumentos que el tiempo ha dejado en pié, no hay ninguno que pueda ayudar al historiador en sus infructuosas investigaciones. Todo lo que se sabe (y aun esto es por tradición, pues no queda ninguna prueba escrita de estos documentos), es que los peruanos fueron sacados de la horrible barbarie en que vivían por Manco Capac, el primero de sus incas, y por Mamma Oello, su mujer, quienes aprovechándose de la supersticiosa veneración que se tenía al sol en el Perú, se dieron como hijos de este astro, valiéndose de este modo de la credulidad popular para sacar aquel país del estado salvaje en que vivían sus pobladores.

Las obras gigantescas que reproducimos aquí con el aspecto que presentan sus ruinas en la actualidad, y las añadiduras que las puso la conquista, son todas del tiempo de Manco Capac. La superioridad de los peruanos en cuanto á construcciones de edificios públicos no admite la menor duda, y las grandiosas descripciones que nos han transmitido los historiadores españoles, pasarían por cuentos de la imaginación, si las ruinas no estuvieran allí sirviendo de palpable prueba. Los muchos palacios y templos que cubren el volcánico suelo del Perú bastan para demostrar que esas construcciones fueron obra de un pueblo fuerte é industrial; la puerta monolita de Trahanaco y las ruinas de Collcampata, así como las del templo Yuti-Huari dedicado al sol en la ciudad de Cuzco, manifiestan un gusto singular y un capricho de invención de lo mas notable que pueda imaginarse.

Los arquitectos de aquellas obras colosales que indudablemente ignoraban el uso de las poleas y demás palancas empleadas por el genio constructor de los antiguos, no podían dar mucha elevación á los muros de sus palacios y de sus templos. Las piedras, colocadas unas encima de otras, sin ninguna ligazón extraña, se hallaban sin embargo tan adheridas entre sí, que si se distinguían las juntas de cada piedra de granito, era imposible introducir en ellas ni aun la hoja de un cuchillo. Todas esas piedras eran grandes en extremo, habiéndose medido muchas en la fortaleza de Cuzco que tenían treinta y tres pies de largo y ocho de grueso. La tradición dice que esas piedras fueron llevadas allí de mas de cuatrocientas leguas de distancia por muy malos caminos; y en efecto, cuando se comparan (llevando muestras) las piedras de Cuzco con las de la cantera de donde se sacaron, se sorprende uno de los obstáculos físicos que hubieron de vencer los peruanos. Entre las piedras de la fortaleza de Cuzco, hay una que descuella entre todas por sus dimensiones, y que llaman la *piedra fatigante*, á causa de lo imposible que en el día es el moverla. Según la tradición fué llevada allí por veinte mil indios, y hubo que dejarla en el sitio donde está hoy por falta de brazos suficientes, y sobre todo por falta de medios para colocarla en el sitio que la estaba destinado.

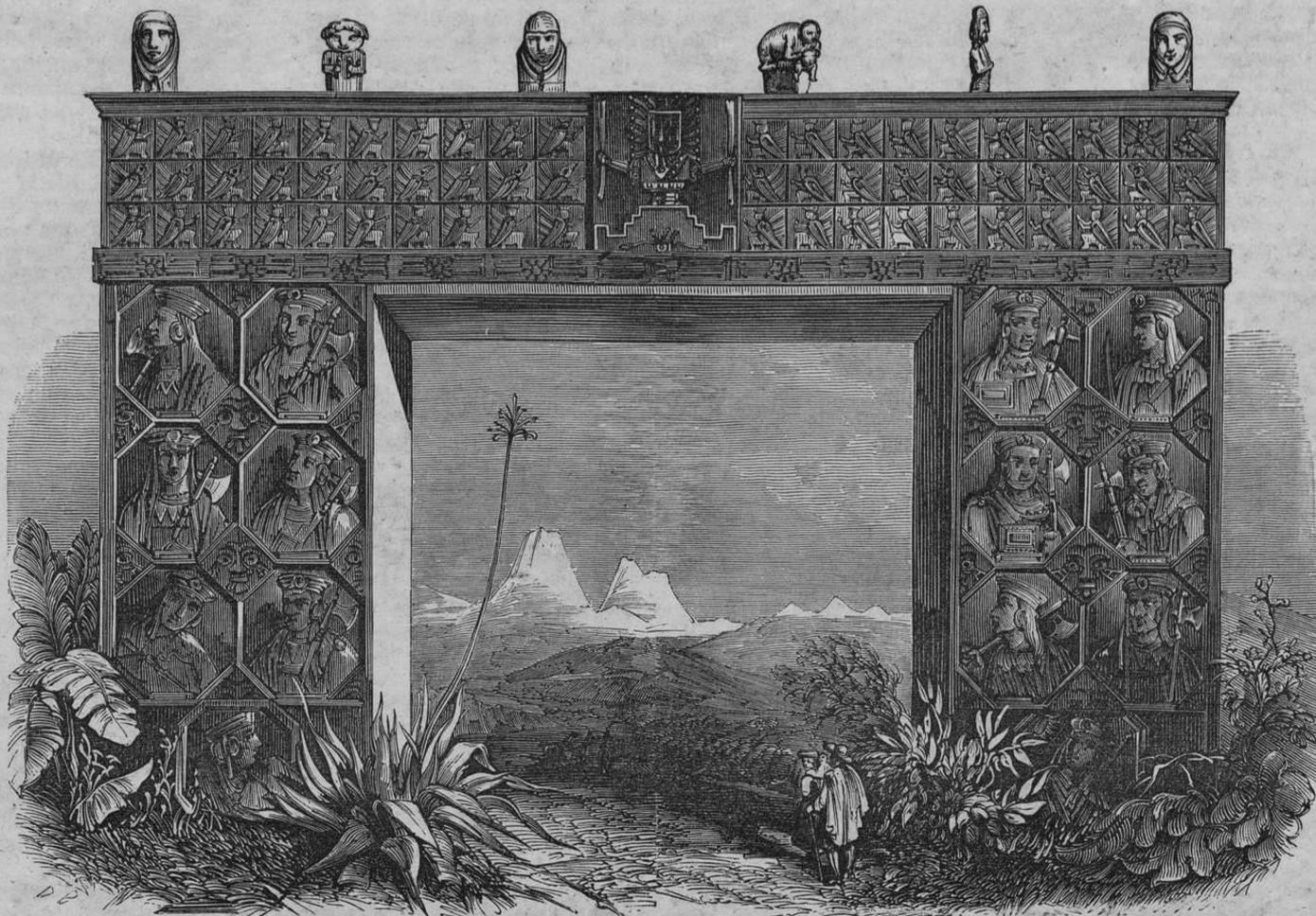
Debe suponerse que los peruanos no conocían el uso del pico para cortar la piedra, y que para llegar á la perfección que se nota en sus edificios, tenían la paciencia de elegir las piedras tales como se desprendían de las montañas, ó tales como salían de las canteras, esféricas, triangulares ó cuadradas; á lo ménos así lo indica el aspecto del templo del sol de Collcampata, y otras varias construcciones.

Los peruanos no eran grandes escultores, á juzgar por sus ídolos y otras estatuas, pedazos de granito sin gracia y sin modelado, tan incorrectos de dibujo como feos de forma. Sin embargo, ciertos pórticos de sus templos son grandiosos, como verbigracia la puerta monolita de Trahanaco que se ve en nuestro dibujo n.º 1.º, y en la que el dibujante ha puesto las estatuas de los incas que están intactas todavía en las orillas de la Magdalena, á los alrededores de Trincana. En las pilastras de este granito gigantesco se hallan cinceladas en bajo-relieve los retratos informes de los emperadores del Perú en el orden siguiente:

Manco Capac, que reinó de 1021 á 1062; — Smichi Rocca, de 1062 á 1091; — Lloque Yupanki, de 1091 á 1126; — Maita Capac, de 1126 á 1156; — Capac Yupanki, de 1156 á 1197; — Inca Rocca, de 1197 á 1249; — Yuhar Huacac, de 1249 á 1296; — Viracocha, de 1296 á 1340; — Titu Manco Capac Pachacutao, de 1340 á 1400; — Yupanki, de 1400 á 1439; — Tupac Yupanki, de 1439 á 1475; — Huayna Capac, de 1475 á 1525; — Huescar de 1525 á 1532; — y por último, Atahualpa-O-Atavilpa, que fué ahorcado en la plaza de Quito por orden del conquistador Pizarro en 1533. Bajo el peristilo de la puerta de Trahanaco, el artista ha colocado varias plantas raras del Perú, como la pita y el cacto, y los animales mas notables como el vicuña y el lama; dando enfin por horizonte á este paisaje en miniatura las Cordilleras de Arequipa, en un punto de vista tomado de la Pampa Colorada, en el camino de Islay, en medio de los cuales se elevan el cono del volcán de Misti, á 20,300 pies sobre el nivel del mar, los picos de Pichu-Pichu, os ventrigueros de Chuchani, y las majestuosas montañas de Ambato y Corpuna, cubiertas de nieve en todo tiempo.

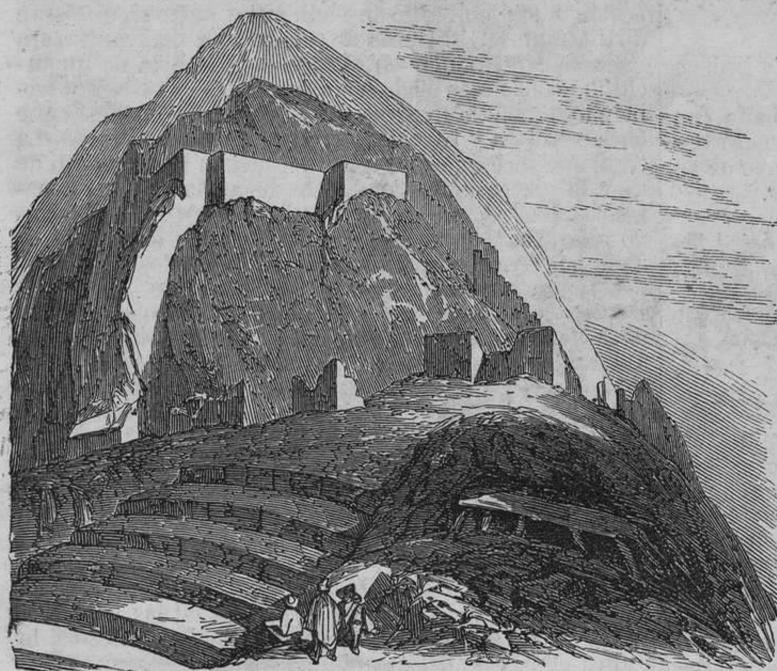
La aldea y la fortaleza de Ollantaytambo ofrecen á los ojos del viajero un punto de vista curiosísimo. En

torno de este lugarejo, que se alza sobre la cúspide y en las vertientes de la montaña, las manos del hombre han abierto senderos en la roca, y han terraplenado varios sitios que la naturaleza ha cubierto despues de verdura. Esta es la muestra mas admirable del arte arquitectónico en el Perú, y aun el tiempo, ese gran destructor de todos los monumentos, ha respetado el trabajo de los incas; y quizás se deba esto en gran parte á que los dientes de su lima siempre en movimiento no han podido hacer mella ninguna en el granito donde está colocado Ollantaytambo. La fortaleza que se eleva en la cúspide de la roca es uno de los vestigios mas antiguos de las fortificaciones indias del tiempo de los incas, y se halla formada de murallas casi todas muy bien conservadas. Estas murallas son de piedra, de forma po-



Puerta monolita de Trahuainaco.

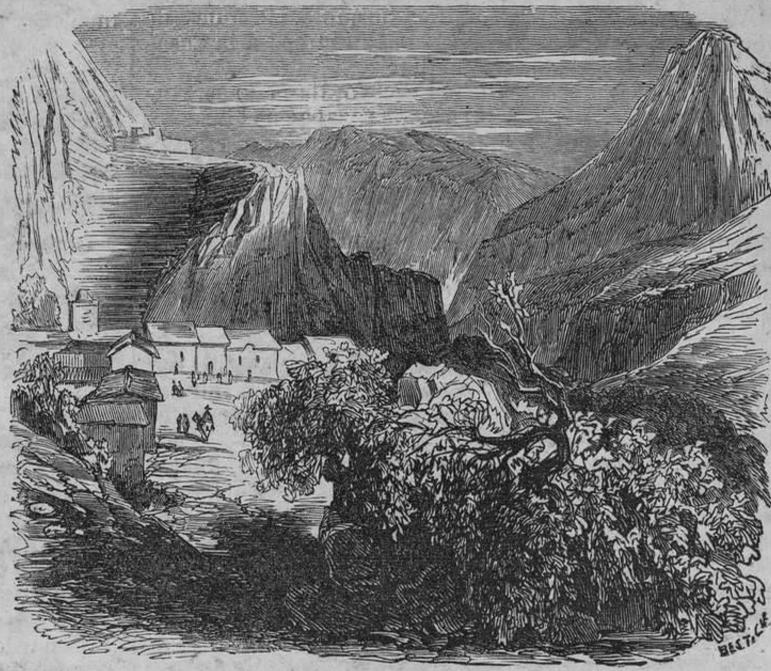
hoy el convento de dominicos de Cuzco, y que se ve en nuestro grabado nº 7, es, bajo todos conceptos, una de las construcciones mas admirables de la ciudad peruana. Los muros de piedras gigantescas, sobre las cuales se elevaban ántes las construcciones religiosas de los sacerdotes incas, se componian tambien de piedras duras, bien ajustadas y bien pulimentadas, puestas unas sobre otras sin argamasa, y que parecen formar parte de una misma roca por su brillantez y su tamaño. La sola muestra que hay en Europa de una arquitectura semejante es la torre de Córdoba llamada la *Cala Horra*, cuya forma y hechura se parecen tanto á la torre del templo de Cuzco, que todo el mundo diria que habia habido plagio en una de ellas. El altar del convento de los dominicos de Cuzco fué edificado sobre el mismo sitio donde



Aldea y fortaleza de Ollan Taytambo.

quistadores llegaron ante la isla sagrada, los defensores de esta trinchera de la religion arrojaron al lago todos los tesoros que contenia, entre los que se menciona una cadena de oro fabricada por orden del inca Huayna Capac, tan larga, que puesta en círculo, podian bailar libremente dentro de ella trescientas personas. De este antiguo monumento de la historia de Manco Capac no quedan mas que los muros altos de doce piés, formados de piedras enormes, reunidos como ántes dije, encima de las cuales se ve una cruz de pésimo gusto puesta allí por los frailes de Cuzco, muy poco en armonía con el aspecto grandioso de las rocas que rodean ese simbolo de la cristiandad, el signo mas característico de la civilizacion.

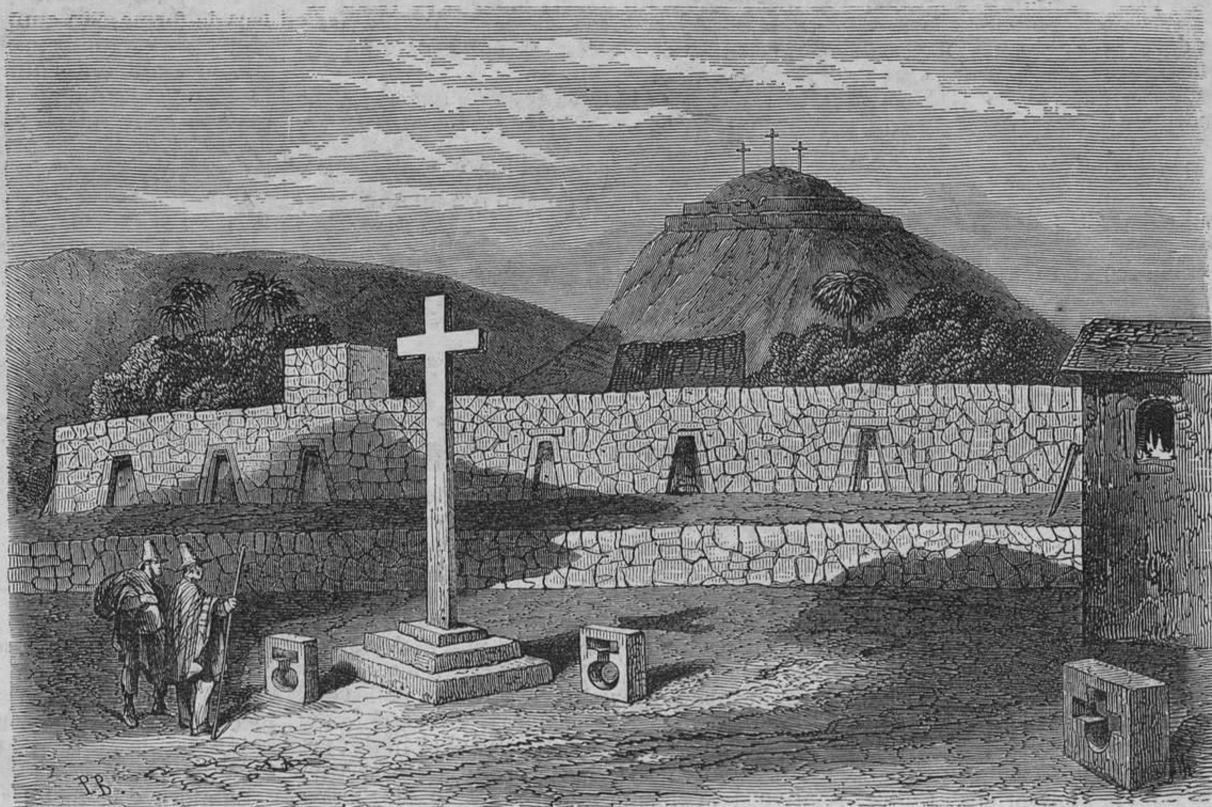
El templo del sol llamado Yuti-Huari, donde se eleva



Murallas de la fortaleza de Ollan Taytambo.

liangular y de distintas dimensiones. El tamaño de los trozos de granito, la variedad de sus formas, y el arte con que las piedras están dispuestas, dan á la aldea de Ollantaytambo una fisonomía de antigüedad que conmueve al viajero, y le transporta á los tiempos mas remotos de la historia peruana.

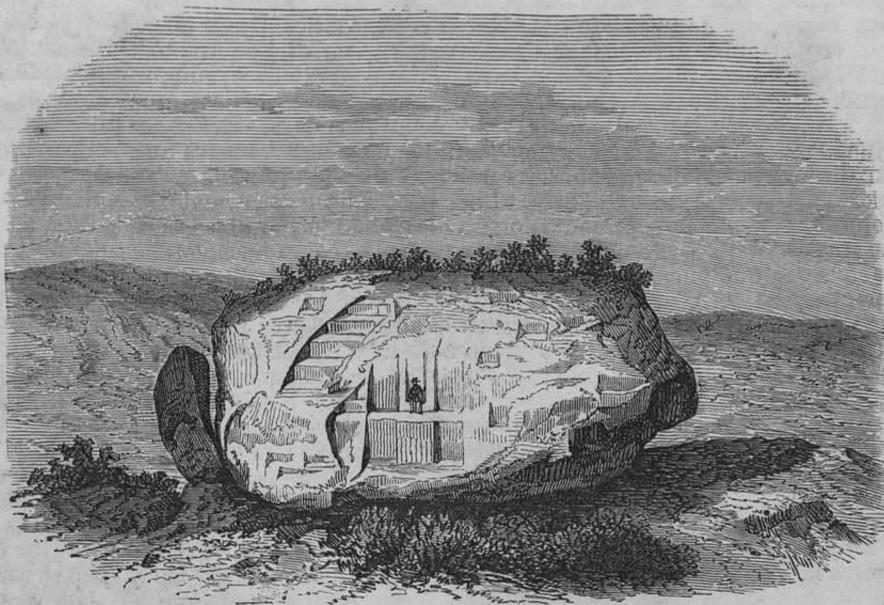
Otra fortaleza digna de figurar entre los monumentos dignos del Perú, es la de Collcampata, situada en la plaza de San Cristóbal en Cuzco, á la falda de la montaña de Sacahuaman, y que sirvió de residencia á Manco Capac, á Huacatupac, y al hijo de este último Paullu-Inca. Segun la tradicion, en medio del recinto de esta fortaleza se elevaba antiguamente un magnífico palacio cuyas paredes todas estaban cubiertas de oro. Cuando el país fué devastado por los españoles, los incas mandaron llevar al templo de la isla de Titicaca todas las riquezas que habia en su residencia real, y por último cuando los con-



Ruinas de Collcampata, residencia antigua del inca Manco-Capac.

se veia el gran sol de oro macizo, que, cuando la entrada de los españoles en la capital del Perú le tocó en suerte á Maneco Serra de Lequicano, noble castellano muy jugador, que no sabiendo que hacer con su sol de oro, le jugó y le perdió en una noche, de donde viene aquello: «Juega el sol ántes de que amanezca.» El *auri sacra fames* ha hecho desaparecer las placas de oro que cubrian antiguamente las paredes del templo de Cuzco; pero buscando cuidadosamente por entre las piedras del monumento, se hallan aun vestigios del rico metal; algunas de aquellas masas de granito tienen adherido á su superficie una tinta amarillenta. En cuanto á los cenotafios de los antiguos incas, que encerraban los cuerpos de los soberanos sentados en tronos de oro en medio de su cárcel de granito, tambien desaparecieron. En derredor del templo no existe ya mas que la galería de columnas de piedras blancas, á cuyo fronton reinaba antiguamente un or-

nato de oro macizo, y por donde se llega á cinco grandes pabellones cuadrados, con un techo en pirámide. En tiempo de los incas, el primer pabellon dedicado á la luna, y cubierto de hojas de plata, era la tumba de las mujeres de los soberanos del Perú. El segundo, consagrado á las estrellas y particularmente al astro de Vénus y á las Pleyadas (criadas de la luna segun las creencias del pueblo peruano), estaba aconstelado de hojas de oro y de plata aplicadas sobre lapis-lázuli. El tercer edificio se hallaba consagrado á los truenos y relámpagos, que los plateros de la época habian representado con el precioso mineral de un modo muy raro. El cuarto pabellon servia para el culto del arco iris, otra divinidad peruana considerada como una emanacion directa del sol, y por último, en el quinto pabellon, los sacerdotes del templo y los sacrificadores se juntaban en tribunal, y se ponian sus trajes para las grandes ceremonias. Era aquello la sacristia de Apolo. Hoy todas esas capillas se hallan consagradas al servicio del convento de Santo Domingo, y los muros desnudos de todas sus riquezas, apénas dejan traslucir algun prestigio de su primer destino. Los buenos frailes de Cuzco parecen haber tenido empeño en des-



Piedra monolita de Sacsahuaman.

unas muñequitas de algodón con un vestidillo blanco, el *anaco* actual, una capa de lana roja, caída sobre el hombro, donde se hallaba prendida con una espina, y el *chaupe* de las indias, adornado con dos *topas*, alfileres de oro y de plata. Estas muñecas pasaban por talismanes, y los incas hacian mucho caso de ellas. Los cadáveres tenian en la boca hojas de oro ó de plata, y en las orejas llevaban pendientes de oro del tamaño de un huevo de paloma. Entre esos restos humanos se menciona la del hombre, cuya frente desde la órbita del ojo, se hallaba cubierta de cabellos. Segun los indios que estaban allí cuando se descubrió, era un *brujo* y médico de sus antepasados.

Nuestros lectores deben conocer que todas las construcciones peruanas han sido visitadas y exploradas con la esperanza de hallar en ellas grandes tesoros. Se cuenta que en el año 1576, un español encontró en la sepultura de un rey de la raza de Chinm una cantidad de oro tan considerable que, despues de haber pagado el cinco por ciento debido al tesoro español, le quedó aun una suma de 2,380,000 frs.

Los buenos aratorios, armas de madera dura, como lanzas y mazos, y por último botellas llenas de *chica*, aguardiente del

En las cercanías de Truxillo, cerca de Guambacho, sobre la vertiente de las Cordilleras, se hallan tambien otras ruinas, tan interesantes como las que hemos descrito. Figúrese el lector una inmensa línea de fortificaciones cuya construccion data de mucho ántes de la conquista de Pizarro. Las murallas, dispuestas en bastiones, se hallan muy bien conservadas, y se extienden hasta las orillas de la mar en un espacio de una legua. Segun las tradiciones, y vistas las excavaciones practicadas en aquellos sitios donde se ha hallado una gran cantidad de huesos, se habia dado una grande batalla en aquel sitio, enterrando allí mismo los muertos sin darles los honores ordinarios de la sepultura.

Despues de este claustro se hallan las construcciones que servian de morada á las vírgenes del sol, vestales pertenecientes á las mejores familias del país, cuyo número ascendia á mas de 1,500. En el recinto del monasterio de Cuzco se ven aun seiscientas celdillas, que estuvieron destinadas para las jóvenes consagradas al culto del sol, y que ahora se hallan ocupadas en parte por los padres de la comunidad.

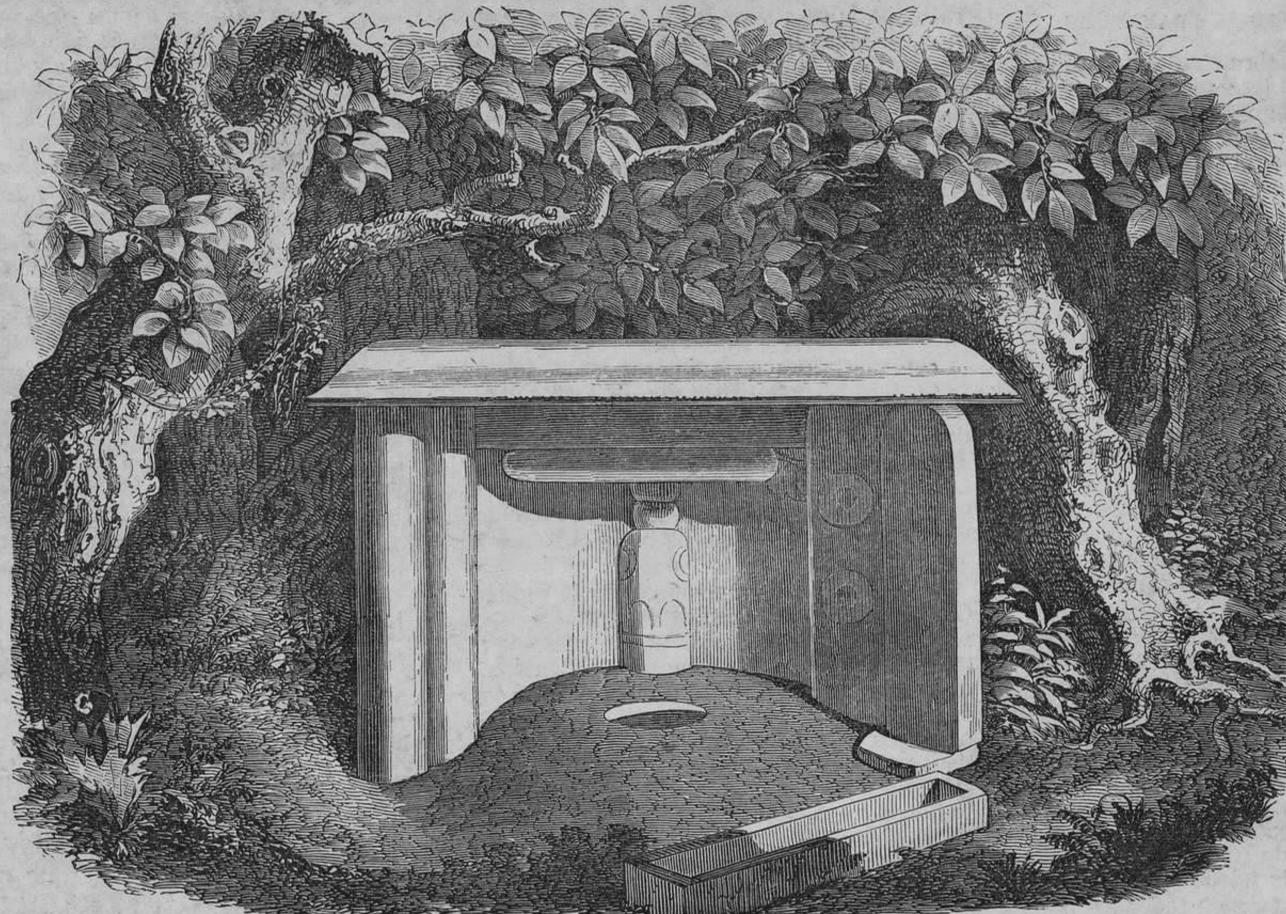
Cavando en los jardines que rodeaban antiguamente el templo de Yuti-Huari, se ha encontrado una hilera de féretros de piedra con esqueletos de mujeres como acurrucadas y rodeadas de pedazos de tela rojiza, atados á esos restos informes por medio de gruesas piedras de aloe. Sin duda esos despojos mortales eran los de las vírgenes que habian que-

brantado sus votos, manchando su manto virginal, creencia que se funda en que todos los esqueletos llevaban una cuerda al cuello, y tenian la lengua fuera, prueba incontestable de que habian sufrido el suplicio de la estrangulacion. Un crecido número de vasos de tierra roja-verdosa, porosos como los botijos que se usan en España para refrescar el agua, se encontraron tambien en las excavaciones con una materia coagulada en el fondo, que se reconoció como sangre, prueba de que estos recipientes servian sin duda para los sacrificios; además, entre esta materia mezclada de tierra, se han hallado huesos de lamas y de vicuñas, y granos de trigo, de maiz, de quina, de habas, y otras semillas del país. Tambien se hallaron jarrones de formas extrañas con la imágen de un hombre cortado en dos pedazos, de perfil y sobre una bola. En el convento de Quito se conserva uno de estos jarrones, representando dos indios, que llevan á hombros un cadáver encerrado en un féretro en forma de cubeta. Este jarron presenta la particularidad de que cuando se le inclina á la derecha ó á la izquierda, salen de él quejidos lastimeros, parecidos á los que dan los indios aun en el dia de hoy en el Perú, cuando asisten á un entierro.

En las excavaciones de las *guacas* (como llaman á estos cementerios en el Perú), se han encontrado tambien telas de algodón parecidas á los *tucayos* de Lima, plumas de avestruz, instrumentos

aratorios, armas de madera dura, como lanzas y mazos, y por último botellas llenas de *chica*, aguardiente del

En las cercanías de Truxillo, cerca de Guambacho, sobre la vertiente de las Cordilleras, se hallan tambien otras ruinas, tan interesantes como las que hemos descrito. Figúrese el lector una inmensa línea de fortificaciones cuya construccion data de mucho ántes de la conquista de Pizarro. Las murallas, dispuestas en bastiones, se hallan muy bien conservadas, y se extienden hasta las orillas de la mar en un espacio de una legua. Segun las tradiciones, y vistas las excavaciones practicadas en aquellos sitios donde se ha hallado una gran cantidad de huesos, se habia dado una grande batalla en aquel sitio, enterrando allí mismo los muertos sin darles los honores ordinarios de la sepultura.



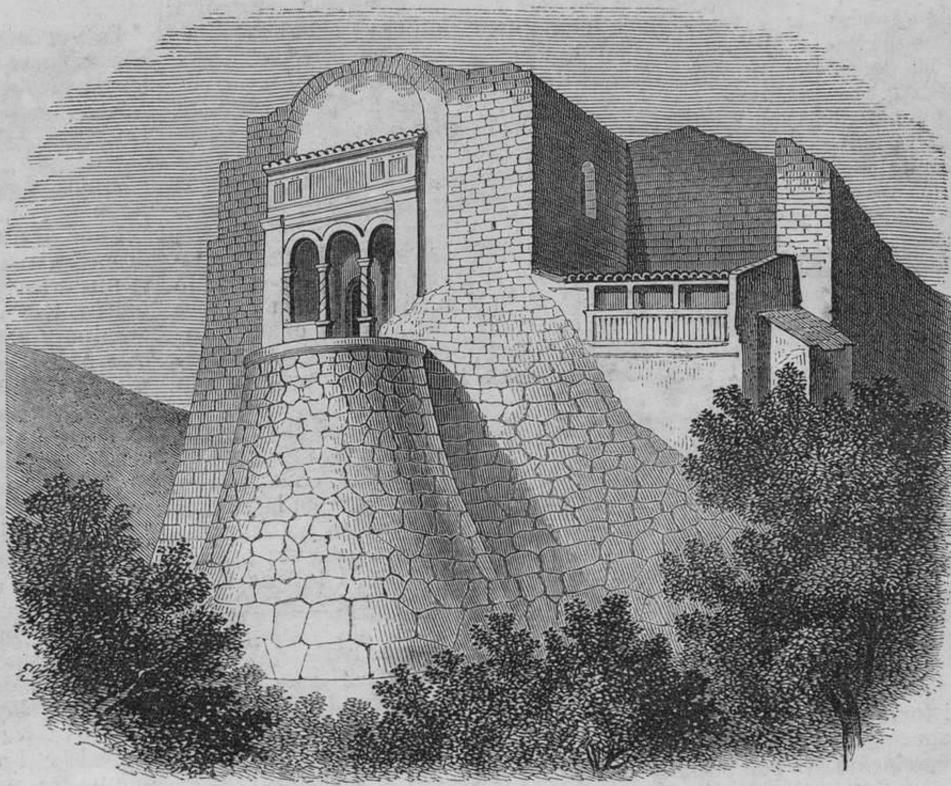
Altar sagrado que se supone ser de los antiguos Muyscas.

país, que tenia un gusto bastante bueno. Una de las curiosidades descubiertas en esas excavaciones fueron

esos vestigios de la civilizacion primitiva del Perú, no puede ménos de encenderse en ira contra aquellos bárbaros conquistadores, vándalos sin piedad y sin respeto por el arte, que destruyeron sus preciosos restos, borrando hasta sus últimas señales.

El álbum de M. Squier contenia igualmente algunos dibujos muy curiosos representando los baños de agua caliente que existen aun en Cuzco y son del tiempo de los incas; el camino empedrado, de la misma época, y por último los planos de los pasajes subterráneos que comunicaban del palacio de los soberanos á la fortaleza y al templo Yuti-Huari.

Al pié del castillo fuerte de Sacsahuaman se halla una masa de roca colosal de forma oblonga (dibujo n.º 5), ante la cual se detiene el viajero, se detiene con un sentimiento de admiracion que no puede describirse. Sobre esta roca, de una altura de 30 metros y de 60 de largo, que, evidentemente fué llevada allí á fuerza de brazos, quedando abandonada, ya por la imposibilidad de llevarla mas léjos, ó ya porque debia servir para un uso determinado en el sitio mismo en que se quedó, los indios han practicado una escalera y un nicho en medio, en el que cabe un hombre de pié, con varios compartimientos cuadrados, redondos ó en enrejado para poner tierra donde plantaban arbustos ó flores. La tradicion cuenta que esa roca fué antiguamente morada de un ermitaño peruano que habia hecho voto



Convento de Santo Domingo, templo antiguo del Sol.

como San Simón Stilita, de permanecer en contemplación toda su vida. Pero antes de esta época, los incas acostumbraban mandarse llevar en un trono de oro á la roca *Juga Changana* (el Descanso de los incas) para contemplar el admirable panorama que se descubre en una extension de 30 leguas.

Nuestro grabado n.º 6.º representa un altar situado en medio de las ruinas de Timana, y que, según dicen, servía para los sacrificios humanos de los sacerdotes del sol. Este monumento se compone de cuatro columnas de piedra dura, con un techo de la misma materia, pegado á un muro. Las plantas parasitarias y los arbustos han levantado los cimientos de piedras amenazando acabar con ese curioso indicio de los tiempos bárbaros del Perú; pero, como ya hemos dicho, no hay en Lima ninguna sociedad de monumentos históricos, y el tiempo lo destruye todo impunemente. Sin embargo, apresurémonos á decir que las artes manifiestan una tendencia al renacimiento en el Perú, y es probable que antes de que esas curiosidades lleguen á un estado de deterioro imposible de remediar, el congreso de ese país votará los fondos suficientes para conservar unos lugares que antiguamente fueron habitados por los fundadores de la dinastía india, esto es, por los ilustres incas del Perú.

B. H. R.

Estética.

DE LA LOCURA Y TOXICOLOGIA DRAMATICAS.

Decía Ambrosio Pareo, célebre cirujano francés del siglo XVI: « Si escribo sobre los venenos es por el deseo que he tenido y tendré siempre, mientras respire, de servir á Dios y al público; pero protesto delante de Dios que á nadie quiero enseñar el modo de hacer daño, como algunos malévolos pudieran imputármelo, y tén-gase entendido que yo desearía que los inventores de venenos hubiesen sido arrojados, antes de tiempo, del seno de su madre. » Mas abajo añade: « Quisiera que los perfumistas (los tenía por envenenadores) fuesen echados de su patria con los turcos y los infieles. »

Si el famoso cirujano de Enrique II se expresaba con esta ruda energía; si protestaba con este fervor tan humanitario como religioso en la introducción del libro XXI de su obra científica, ¿qué no deberá hacer el humilde autor de estos artículos sobre la *toxicología dramática*, cuando espontáneamente se ha comprometido á hablar de los venenos en un periódico ilustrado-literario, sin mas objeto que indicar á nuestros dramaturgos, á quienes falte alguna tintura de historia natural, de química y de fisiología, de qué manera deben manejarse en los dramas las *yerbas* y los *ponzones* como diría Alonso el Sabio?

Si se tratara de dar lecciones en una cátedra médica ó bien de publicar alguna obra científica, confesamos que no nos detendría ningún escrúpulo de esta especie; si quiera veamos reproducida la protesta de Pareo en Celsapino, médico de Roma, si quiera encontremos en todos los tiempos Galenos y Morgagnis que no quisieran verse en la necesidad de ocuparse en los venenos, por no abrir á los malvados nuevas sendas para el crimen. Contando con la inevitable ejecución de no pocos asesinatos y suicidios por medio de sustancias venenosas, el hombre de la ciencia tiene la imprescindible obligación de tratar de esas sustancias, bajo todos los puntos de vista, no solo para prestar todos los recursos posibles á las víctimas, generalizando los conocimientos relativos á los contravenenos, á los antidotos y á los primeros medios de curación, de que puede echarse mano, mientras se llama á un facultativo; sino también para advertirles á esos malvados que se arrastran para morir mortal y traidoramente como los áspides y las víboras, que ni toda la astucia de Satanás ha de valerles para borrar á los ojos de la ciencia los vestigios del veneno, y que hallados estos vestigios, difícil ha de ser que no parezca la mano á cuya alevosía se deban.

En un artículo de estética no nos abona tan generoso objeto; por lo tanto la reserva es nuestra primera obligación y no hemos de faltar á ella. Tal es por lo ménos nuestro firme é irrevocable propósito, y nos anima la esperanza de que ni una sola línea ha de encontrarse en nuestros artículos, por medio de la cual se instruyan los malévolos en lo que ignoran relativamente á los venenos.

Manifestado lo que va dicho, entremos ya en materia y apresurémonos á exponer sobre qué puntos van á versar nuestras sencillas reflexiones.

Consideramos útil y procedente trazar en breves rasgos la historia del envenenamiento, y luego que esté terminada esta importante parte, indicar las clases de venenos conocidos, su modo de obrar, las vías por donde pueden desplegar su acción, el cuadro sintomático que caracteriza cada clase y los medios que tiene el arte para combatir su actividad mortífera. Es todo cuanto necesita un escritor dramático para dar verdad ó verosimilitud al uso de un veneno en los dramas, y cuanto necesita el público para poder juzgar á ese poeta en este punto cuando asista á la representación de esta clase de producciones artísticas.

La historia del envenenamiento nos parece de absoluta necesidad, porque si se ignora esta historia, no puede ménos el poeta de cometer groseros anacronismos. Un drama necesita unidad, armonía, correlación en todas sus partes para ser bello. Y no vayais á figuraros que os hablo de la unidad ridícula y absurda de

lugar y tiempo. Hace ya algunos años que esas unidades han perdido sus obsecados partidarios. Desde que el autor del *Conde de Carmagnola* las combatió de una manera filosófica y con tanta lógica como lucidez, ningún crítico que comprenda lo absoluto de la belleza, que sepa las reglas genuinas y depuradas de la estética, se atreverá á abogar por la unidad de lugar, ménos aun por la de tiempo. Esas unidades no están ni en la naturaleza, ni en el arte. El hecho social ménos complejo, tiene forzosamente en su desarrollo mas de una localidad. Una enfermedad, por ejemplo, es un hecho social que puede ser de los mas sencillos, cómico ó dramático. ¿Pasan todas las escenas en la alcoba del enfermo? Las hay en esta alcoba, en la antesala, en la puerta del cuarto, en la cocina y fuera de la casa, sin que por eso estas escenas dejen de ser partes integrantes y constituyentes del hecho complejo, y sin que por esto dejen de estar estrechamente unidas con el lazo que les da la unidad de acción, ó la relación establecida entre los hechos subalternos por el encadenamiento íntimo y lógico de los sucesos. El dócil poeta, que no advertía lo ridículo y antinatural de semejantes exigencias, se esforzaba en embutir en una sola localidad los acontecimientos, como un viajero su equipaje en una maleta, y habia cada inverosimilitud, cada monstruosidad que debia haber dejado estupefacto el sentido común de todo el público.

Ahí teneis, sin ir mas lejos, la *Escuela de los maridos* de Moliere, arreglada por Moratin, intransigente secretario de la estética de Boileau, que por cumplir con el precepto pascual de las tres unidades, os planta á la calle, en la plazuela de los Affligidos á todas las personas, en todas las escenas de todos los actos, con el contrasentido y la incompatibilidad de los hechos mas repugnantes. Un tutor celoso que recata á su pupila, que se afana por aislarla de todo el mundo, que la quisiera guardar en un escaparate, baja á la calle con ella para hablar de las cosas mas reservadas de la familia, y para oír de la niña encerrada confesiones las mas íntimas. ¿Habeis visto jamás en el mundo semejante despropósito? Cuando el celo os ha conducido á guardar á vuestra esposa, á vuestra hija ó vuestra pupila, y habeis tenido algo reservado que comunicarle, ¿os la habeis llevado nunca á la calle, á una plaza pública para platicar con ella en la mitad del arroyo, si quiera, como en la comedia, no acierte á pasar jamás ningún otro prójimo que no sea personaje de la misma? Y era sin embargo Moliere el que por no faltar al dogma antojadizo de las tres unidades, cometía este absurdo! Y era Moratin el que, al arreglar la comedia para el teatro español, no veía, cegado por sus cataratas clásicas, esa horrible deformidad! ¿Si esto hacían los padres provinciales, qué no habian de hacer los legos ó los novicios?

Otro tanto pudieramos decir de la unidad de tiempo. Como si los acontecimientos sociales tuvieran horas marcadas, á la manera de una confección oficial, dignabanse los críticos de la escuela llamada clásica concederlos de veinte á treinta horas para la comedia y dos ó tres dias para la tragedia, fundándose sin duda en el principio *altamente filosófico* de que las cosas alegres tienen ménos duracion, ya que no real y aparente, que las tristes. Así se veía á los Corneille, á los Racine, á los Voltaire y á todos los trágicos de la escuela francesa, titulada por sí misma del buen gusto, amontonar los hechos como los libros en los estantes en esas cuantas horas que se les concedía, para no faltar á la unidad de tiempo, atenuando sin duda lo repugnante de las inverosimilitudes la idea de que hay también moscas efímeras que en el breve espacio de veinte y cuatro horas recorren todos los períodos de su existencia desde la incubación hasta la muerte.

No; al pedir unidad en los dramas no nos referimos á la de lugar y tiempo. Esas no son unidades estéticas. La de lugar es aritmética y jamás la unidad aritmética será condicion de buen gusto, si quiera profese el crítico ó el autor la doctrina de Pitágoras, que consideraba en el número uno la belleza y la perfección. La unidad de tiempo es unidad antojadiza, vaga, que ni si quiera tiene para el arte la utilidad de las convenciones cronológicas relativas al día, á la semana, al mes, al año, al lustro, al siglo y demás unidades abstractas destinadas á abreviar la numeración de sus respectivos elementos similares.

La unidad á que nos referimos es ese conjunto de actualidad que debe tener toda obra artística; ese sello gráfico que revela el siglo y la situación en su totalidad y sus detalles; esa copia exacta de los cuadros sociales, donde tanto lo esencial, como lo accesorio, marcha al nivel del momento y bajo el impulso de la época.

Esa es la unidad que tiene verdadera belleza artística, y sus reglas no son el producto de un capricho, de una teoría gratuita, de una idea *á priori*, elaborada en la fantasía de un pretendido restaurador de la belleza clásica. Esas reglas son resultados necesarios del agradable efecto que hace á nuestro entendimiento todo lo que tiene proporciones y armonía, todo lo que tiene verdad y relación, todo lo que tiene justificación de su existencia.

Contra la infracción abusiva de esas reglas deben ser inexorables, tanto el público como los críticos, porque eso es violar la historia, eso es confundir los siglos, esos son anacronismos de mal efecto que no deben permitirse.

Por punto general los poetas hacen todos los esfuerzos imaginables para dar á sus producciones esa unidad de siglo. Si no lo consiguen, es porque á la verdad no

es empresa siempre fácil. Los personajes podrán presentarse con el traje de la época á que se refiere la acción del drama; las decoraciones, los muebles serán coetáneos; las condiciones sociales guardarán su tipo y su carácter; las costumbres que deje entrever la acción dramática serán las propias del siglo: todo esto es fácil, porque está escrito, está dibujado, está esculpido. Ya no es de tan fácil empeño hacer pensar, sentir y hablar á los personajes conforme se pensaba, sentía y hablaba en los tiempos evocados por el poeta, si la acción del drama no es contemporánea. ¿Cuán á menudo andan revueltas las ideas y los sentimientos de un siglo con los de otro siglo! ¿Cuán á menudo es siempre el poeta el que piensa, siente y habla en lugar de los interlocutores de sus dramas!

Pero hay un elemento que los poetas olvidan con una frecuencia que fatiga. Véelos á veces exactos en todo ménos en ese elemento. Este elemento es el científico, y no está principalmente el error en ignorar la parte de la ciencia que corresponde á tiempos pasados; esto les sucede también respecto de los tiempos actuales: está en la historia de esa ciencia. El público no fija la atención en estos lunares, porque no los vé, porque no puede verlos; si se apercebiese de ellos, los silbaría.

En mas de un drama oímos decir gravemente á un personaje acaso del siglo VII ó XII: *la sangre que circula por mis venas...* Esto no hace reír á nadie, á nadie choca; es sin embargo un anacronismo de tomo y lomo. Quien sepa que la circulación de la sangre no se descubrió hasta el siglo XV por Miguel Servet, comprenderá desde luego que poner una alusión á la circulación de la sangre en boca de un personaje de siglos anteriores al descubrimiento de este fenómeno fisiológico, es tan ridículo como lo sería oír alusiones en los labios de Alejandro á los caminos de hierro, en los de Julió César á la imprenta, ó en los de Carlo Magno á los telégrafos eléctricos.

La misma palabra *veneno* se resiente un tanto de anacronismo, cuando la usan personajes de la edad media, ó de los diez primeros siglos de nuestra era. No solía decirse *le han envenenado, le han dado un veneno*. Le han dado *yerbas*, era la expresión de la época; expresión que está muy en armonía con los conocimientos que se tenían á la sazón sobre los *ponzones*, sacados casi siempre del reino vegetal.

En la ley 7.ª, título 8.º de la partida 7.ª se encuentran estas palabras: « Físico ó especiero ó otro home cualquier que vendiese á sabiendas *yerbas* ó *ponzones* á algun home que las comprase con entencion de matar á otri, ó que las mostrase á conocer é á destempran ó dar porque mate á otri con ellas, también el comprador como el tenedor, et que las mostró como las diere, deben haber pena de homecida por ende, maguer el que las compró non pudo cumplir lo que cuidaba, porque se le non aguisó. Et si porventura matare con ellas, estonce el matador debe morir deshonradamente echándolo á leones, ó á canes, ó á otras bestias que lo maten. » Hé aquí una larga cita de Alonso el Sabio, donde no se encuentra ni la palabra *veneno*, ni *envenenador*, ni *envenenamiento*.

El padre Mariana al hablar de la muerte del rey Chindasvinto, se expresa así: « Falleció en Toledo de enfermedad, ó como otros dicen *con yerbas que le dieron*. »

En varios poetas se encuentra la misma locución muy propia de esas edades y hasta algunos contemporáneos que hermosean sus producciones con permitidos arcaísmos, con frases de sabor anticuado, se expresan del propio modo. En este momento recordamos una redondilla del malogrado poeta Atolas que dice así:

Mas Sancha que se indignó
por la oposicion que hacia
comiendo con él un dia
dióle yerbas, lo mató.

La voz *médico* es también un anacronismo en ciertas edades, porque ella supone una profesion organizada y legal, y esta organización es posterior á esos tiempos. Acabamos de ver que Alonso el Sabio los llama *físicos*. En otra ley donde se trata de la legitimidad de los reienunciados, se funda el sabio rey en la opinion de Hipócrates, y al citarle en esa ley, dice que era un gran *físico*.

En el drama titulado *la Ley de raza* se encuentran todos estos anacronismos y otros de mas bulto todavía, si nuestros escasos conocimientos históricos no nos engañan. Hay un *veneno* del cual está empapado un pergamino y produce sus efectos á la distancia natural á que se lee. Este veneno le ha proporcionado un *médico*, y un *médico español*.

Sentimos que un autor tan ilustrado, como el del drama en cuestion, haya podido lastimar con ese pasaje á una clase benemérita que siempre se ha consagrado al alivio y salvación de la humanidad doliente, nunca á su martirio y exterminio. En vez de ver confundido al señor Harzenbusch con los satíricos vulgares que acaso escriben un epigrama contra la medicina y los médicos al dorso de una receta, despues de haber tomado con ciega fe lo que en ella se prescribe, hubieramos preferido saber que no habia olvidado aquel anónimo que ecibió Alejandro, advirtiéndole que su médico se proponía envenenarle con una pocion que tenia preparada. Alejandro leyó el anónimo, como sabrá el autor de *la Ley de raza*, se bebió acto continuo la medicina y luego dió á leer el anónimo á su médico. Rasgo sublime que demuestra, no el valor de Alejandro, como dice muy bien Rousseau, sino que el macedonio creía en la virtud.

Dejando á un lado esta cuestion y concretándonos á los anacronismos de la *Ley de raza*, preguntáremos si en el siglo VII de nuestra era, en el que pasa la accion de este drama, habia *medicina española*, si habia *médicos españoles* y cuáles eran los conocimientos que poseian en punto á *toxicología*.

El erudito autor de la *Ley de raza* ha incurrido en nuestro concepto en errores graves, presentándonos en escena á un médico que no debia ser *médico* ni español, siquiera fuese *físico*, y haciéndole poseedor de conocimientos que no podia tener, ni eran propios de su país ni de su siglo, si es que lo son de alguno. Creemos que no se necesitará nada mas para dejar demostrada la importancia de los estudios relativos á la historia toxicológica, y que podríamos entrar en la exposicion de esta historia, animados por la esperanza de ser leidos con interés y algun fruto.

EL DOCTOR MATA.

Revista científica.

FISICA: Intensidad de tension de las corrientes de induccion. — **QUIMICA:** Nueva teoria; accion química del agua á una temperatura elevada. — **ZOOLOGIA:** Destruccion de las hormigas blancas. — **INDUSTRIA:** Masas artificiales para los trabajos hidráulicos.

Arrollando dos hilos metálicos, de cobre, verbigracia, en torno de la misma camilla, de distinto diámetro, y haciendo pasar una corriente eléctrica por el mas grueso de ellos, se desarrolla instantáneamente en el hilo mas pequeño otra corriente de corta duracion é inversa á la primera, en tanto que esta exista, pero que se vuelve directa y tambien muy rápida, cuando la primera corriente cesa de circular en el hilo metálico. M. Faraday, que ha sido el primero que ha señalado tan curioso fenómeno, da el nombre de *corriente de induccion ó corriente inducida* á la corriente que se desarrolla bajo la influencia de una verdadera corriente eléctrica. La misma facultad tienen los imanes fuertes, y aun la accion magnética de la tierra.

Las corrientes de induccion presentan caracteres idénticos á los de las corrientes voltaicas ordinarias; además, la conmocion que producen es mucho mas intensa que la de las corrientes hidro-eléctricas, y los efectos de esta conmocion, en cuanto á intensidad, pueden compararse con los de la electricidad en el estado de tension.

Para probar los efectos de tension debidos á las corrientes de induccion, M. Ruhmkorff ha construido un ingenioso aparato que vamos á describir aqui, y que consiste en una camilla hueca de unos 15 centímetros de altura, colocada verticalmente sobre una base de cristal grueso que la deja aislada; al rededor de esta camilla hay arrollados dos hilos de cobre, de distinto grueso, cubiertos de seda, con las espiras aisladas tambien por una capa de barniz de grana-laca; el hilo mas grueso de dos milímetros de diámetro da treinta y dos vueltas á la camilla, en tanto que el mas chico, de una tercera parte de milímetro de diámetro, da diez mil. El hilo inductor es el mas grueso; la corriente es solo la de un elemento de la pila de Brunsen. Una de las extremidades del hilo mayor se halla en comunicacion inmediata con el polo positivo de la pila; y la corriente, llegada á la otra punta, alcanza á un martillo oscilatorio colocado entre un conductor inferior, y la extremidad de una varilla de hierro, contenida en el eje de la camilla.

Dispuestas así las cosas, circulando la corriente por el hilo mas grueso, y oscilando el conductor inferior por medio del martillo, sucede que la varilla de hierro colocada en el interior de la camilla, atrae á sí al martillo oscilatorio tambien de hierro; entónces la corriente se interrumpe en el punto de contacto del martillo y del conductor inferior, y entónces tambien dejando de estar imantada, la varilla de hierro, deja caer el martillo, cuyo contacto con el conductor restablece la corriente, la cual imanta de nuevo la varilla, que vuelve á atraer el martillo, y de este modo se mueve el aparato.

A medida que la corriente de la pila pasa por intermitencias al hilo mas grueso de la camilla, se produce á cada interrupcion una corriente inducida sucesivamente inversa y directa en el hilo mas pequeño, y como este se halla completamente aislado, la corriente de induccion adquiere una tension muy considerable.

Sin embargo, [M. Fizeau ha] querido obtener una tension mas fuerte todavía, y gracias á una pequeña añadidura que ha inventado para el aparato de M. Ruhmkorff, ha logrado un gran aumento de intensidad.

Sin duda se realizarian efectos mas enérgicos, dando á la máquina dimensiones superiores á las que adoptó M. Ruhmkorff, ó aumentando el número de los elementos de la pila, pero estas dos soluciones presentan muchos inconvenientes, y M. Fizeau ha dado la preferencia á un sistema muy simple, y que parece un complemento del aparato que hemos descrito mas arriba, tan bien se adapta á las particularidades que hemos descrito mas arriba.

Este sistema consiste en disponer un conductor formado por dos hojas de estaño, aisladas una de otra por una capa de barniz, y en poner en comunicacion cada una de estas hojas con cada una de las extremidades del hilo inductor ó del hilo mas grueso. Este conductor debe hallarse colocado en una posicion horizontal, un poco encima del electro-iman, y sostenido por medio de cristales; de este modo la doble electricidad ántes de llegar al punto de interrupcion, esto es, sobre el martillo oscilatorio, se esparce por las dos superficies de estaño, donde pierde en gran parte su tension por efecto de la influencia mutua que se ejerce á través de la capa del barniz.

Con la añadidura de este condensador sumamente sencillo, el aparato de M. Ruhmkorff es mas poderoso, y puede funcionar mas tiempo con regularidad.

— Todo el mundo conoce la teoría química de Lavoisier, que es la que reina exclusivamente en la enseñanza, en los libros y en las academias, y consiste en considerar los óxidos y los ácidos como compuestos binarios de primera clase, las sales como compuestos binarios de segunda clase, y las sales dobles como compuestos binarios de tercera clase. Pero para explicar la formacion de estos diversos compuestos, sobre todo del de las sales, hay que recurrir á una estratagemá, admitida hasta ahora como artículo de fe, y que no ha podido demostrarse aun por medio de la experiencia directa. Hasta estos últimos tiempos todos los ácidos obtenidos encerraban cierta cantidad de agua, y con el oxígeno de esta agua, el metal puesto en presencia del ácido pasaba primeramente al estado de base para formar luego la sal con él. — Pongamos un ejemplo. Si para formar el nitrato de plata se pone en presencia el ácido nítrico y la plata, se podrá decir, segun la teoría de Lavoisier, que el ácido es muy ávido del óxido del metal, pero que no tiene ninguna afinidad con la plata metálica; entónces esta última sustancia, por una inspiracion inexplicable, se apodera del oxígeno del agua que acompaña al ácido, y se combina con él mientras el hidrógeno se suelta á borbotones.

Podia sostenerse esta teoría hasta el momento en que se obtuvieron ácidos anhídros, esto es, completamente desprovistos de agua. M. Bussy fué el primero que hizo este descubrimiento, por medio del ácido sulfúrico, y bien luego le imitó M. Deville con el ácido nítrico. Lo que estos dos hombres hicieron por medio de dos ácidos poderosos de la química mineral, M. Gerhardt acaba de obtenerlo relativamente á los ácidos principales de la química orgánica, estableciendo principios generales á cuyo beneficio se pueden alcanzar los mismos resultados sobre todos los cuerpos de la misma clase.

M. Gerhardt ha fundado sobre sus experiencias una nueva teoría, que tiende á destruir completamente la teoría de Lavoisier. A su parecer, el metal, puesto en presencia del ácido, no se transforma desde luego en oxígeno; sino que poseyendo hácia el ácido mas afinidad que el hidrógeno, se sustituye simplemente á este de tal suerte, que la sal no puede considerarse ya como un compuesto binario de segunda clase. De este modo, representando el ácido nítrico hidratado, un grupo de moléculas de azoe, de oxígeno y de hidrógeno, si se pone en presencia de este grupo un metal cuyas afinidades sean mas poderosas que las del hidrógeno, el metal cambia de puesto, y se suelta el hidrógeno del modo mas simple y natural. Al punto se descubre el lugar que ocuparán en la nueva teoría los ácidos sin agua; segun ella, estos son compuestos salitrosos, y en este punto está mas conforme con la experiencia, que habia reconocido ya que los tales cuerpos no poseen ninguna propiedad ácida, ni enrojecen el tornasol, ni pueden cambiar el hidrógeno básico por metal para producir sales metálicas.

Si la nueva teoría explica mas racionalmente las diferentes reacciones químicas, tambien promueve una objecion, cuya gravedad relativa ha apreciado en los siguientes términos M. Dumas, encargado de dar su dictámen sobre la materia: Es difícil en el día abandonar la nomenclatura de Lavoisier, porque no solo es la lengua de la ciencia, sino tambien la de las artes, y solo la evidencia nos podria obligar á modificarla de un modo radical. Si las ideas que ella manifiesta relativamente á la naturaleza de los ácidos y de las sales deja mucho que desear en ciertas ocasiones, cuando se trata de agrupar los hechos reconocidos despues de algunos años, ó de deducir sus consecuencias, y si la teoría molecular se muestra mas segura, dejemos campear á esta en las memorias destinadas á los químicos de profesion y á las discusiones de academia... La nomenclatura francesa es un monumento al que no se debe tocar con mano atrevida... Esta nomenclatura ha obtenido una aprobacion universal, que la da el privilegio de las lenguas muertas; se halla en todos los países, y se halla expuesta en todos los libros: el discípulo despues de haber estudiado á su beneficio los principios de la química, conoce todos los documentos originales que esta ciencia posee, así como todos sus tratados elementales.

Abandónese por un momento esta nomenclatura, y verémos por el contrario que cada escritor, cada profesor, adoptando sus ideas personales, las querrá imponer á sus discípulos. Cada curso tendrá sus neologismos, cada tratado sus símbolos y sus fórmulas; no bastará haber estudiado la química de una escuela para tener la llave de la química de otra escuela, etc., etc.

Esta confusion no es de temer tanto como lo cree M. Dumas, si la nueva teoría está en la verdad: ¿qué enseñanza y qué libros pueden permanecer fieles al flogístico, despues de la revolucion que hicieron Lavoisier y Guyton de Morveau?

— La afinidad de los cuerpos los unos por los otros se aumenta considerablemente por la elevacion de la temperatura, y todo el mundo sabe que hay muchas reacciones químicas que no se producen, sino á beneficio de un calor intenso. Diariamente se sacan de las entrañas de la tierra minerales cuya reproduccion les está prohibida á los laboratorios, incapaces de obtener artificialmente la cantidad de calórico que se encuentra en las capas profundas de nuestro planeta. Sin embargo, M. de Senarmont ha hecho ya algunas buenas tentativas, logrando reproducir varias cosas que hasta ahora solo habia hecho la naturaleza.

Un jóven químico, compatriota nuestro, el señor D. Alvaro Reynoso, ha entrado en la misma via, y ha experimentado la accion química del agua á una temperatura elevada. El aparato que emplea para ello consiste en unos tubos de cristal encerrados en cañones de escopeta tapados con tornillos que sumerge, con todas las precauciones necesarias para precaver las explosiones, en un baño de aceite á 200 ó 300 grados.

Los resultados producidos por las experiencias del señor Reynoso son importantísimos, y prueban que el agua cuya accion química se aumenta con la temperatura, sirve constantemente de base, cuando se pone á una temperatura muy elevada. De este modo, la química que, bajo la influencia de la potasa, se convierte en quinoleína, experimenta un cambio análogo solo por la accion del agua puesta á unos 230 grados. Aun hay mas; cuando se opera sobre los fosfatos, el agua, puesta

á 280 grados, parece servir de base con una energía mucho mas fuerte que las mismas bases minerales, como la soda, la potasa, etc., etc.

Pero el papel del agua no es siempre tan simple como acabamos de decir; á veces se manifiestan afinidades mas oscuras, produciendo compuestos mucho mas numerosos y complicados. Estas reacciones, dice M. Dumas, encargado de dar cuenta del trabajo del señor Reynoso, á veces son los últimos términos de una serie de transformaciones, cuyos intermedios desaparecieron, y se representan simplemente cuando se considera el agua, no ya como un compuesto obrando en masa, sino como una fuente de oxígeno y de hidrógeno, pudiendo intervenir uno y otro al estado naciente. La formacion del ácido carbónico y la del amoniaco en presencia del carbono y del azoe, no tienen ya en ese caso nada que pueda sorprender, y son fáciles de prever y de explicar.

El trabajo del señor Reynoso ha sido publicado en el *Recueil des savants étrangers*, y justifica la proteccion que el gobierno de la reina ha acordado al autor desde que se le dió á conocer como un jóven de disposicion y de talento.

— Las hormigas y las abejas no son los únicos insectos trabajadores que construyen maravillas arquitectónicas. En el órden de los nebrópteros se encuentra, el termes, género que se reconoce por los caracteres siguientes: cabeza gruesa con tres ojillos encima, y por delante antenas cortas y moliniformes; alas con nervaduras longitudinales, y con nervaduras transversales; tarsos compuestos de cuatro artículos, etc.

Los termes viven en los países cálidos y en los climas templados, y, sobre todo, han llamado la atencion de los viajeros por sus costumbres, su extraña industria y sus habitaciones. En sus hábitos sociales se parecen mucho á las hormigas, y por eso vulgarmente se les llama *hormigas blancas*.

Hay entre ellas cinco formas bien distintas, á saber: los machos, las hembras, los soldados, las ninfas y las obreras, cuyas funciones están tan bien determinadas como sus organizaciones peculiares. Los machos y las hembras no tienen mas mision que la de propagar la especie, estando cuidados por las ninfas mientras dura su mision; los soldados guardan las habitaciones; ordinariamente se hallan apostados en la pared interna de las viviendas, de modo que pueden presentarse los primeros en caso de ataque; y por último las obreras se consagran á cavar los nidos, á abrir las galerías, y á facilitar las comunicaciones entre las diferentes partes de la casa.

Los naturalistas hallan de muchas especies de estos insectos, pero nosotros nos ceñiremos aquí al termes lacifugo (*termes lacifugum*), especie casi diminuta, y sin embargo muy temible, que se encuentra con abundancia en el Oeste de la Francia. Vamos á transcribir lo que ha dicho sobre este insecto M. Blanchard en el *Diccionario universal de historia natural*:

« Desde hace mucho tiempo esta especie se ha multiplicado tanto en la Rochela, en Rochefort, en Saintes, y en muchos otros puntos del departamento del Charente Inferior, que ocasiona los mayores destrozos, sin que hasta ahora se haya logrado exterminarla. Casas y edificios enteros han sido minados hasta los cimientos por estos insectos. Se han hundido techos repetidas veces, y lo mas terrible que hay en esto es que jamás se conocen exteriormente los destrozos que hacen por el interior estos insectos. Siempre se guardan de tocar á la superficie, mientras corren el interior y le llenan de galerías en todos sentidos. Así llega á romperse la madera sin que lo advierte nadie por el exterior.

» M. Ardouin ha recogido en Tonnay-Charente varias columnas de grandes dimensiones, que se hallan hoy en las colecciones del Museo de Paris, carcomidas por todas partes, y con la superficie tan entera como la capa de pintura que las cubria. Los mismos destrozos hacen estos insectos en la ropa blanca que se halla en los armarios. Una parte de los archivos de la Rochela fué destruida hace años, y en el día para preservar los papeles los encierran en cajas de zinc. — M. Ardouin observó estos hechos hace diez años, y M. Milne-Edwards y yo los hemos observado de nuevo en 1843, pero nuestra permanencia en aquel punto fué muy corta para que pudiésemos hacer experiencias propias para la destruccion de estos insectos. »

M. Quatrefages ha sido mas dichoso que sus predecesores, y parece que ha hallado un medio para destruir esta plaga, en grande, pues hasta ahora todos los remedios empleados han sido insuficientes para el caso.

Para exterminar completamente estos insectos esparcidos y ocultos en rendijas impenetrables, hay que emplear agentes tóxicos gaseosos, y para que estos agentes se hallen al alcance de todas las víctimas de estos insectos, es necesario que custen poco.

Por consiguiente, M. Quatrefages ha experimentado el bióxido de azoe, el ácido nítrico, el cloro y el ácido sulfúrico. El cloro tiene una accion mortal mas rápida que los otros; despues viene el ácido sulfúrico, á cuyo beneficio con una inmersión de diez á quince segundos basta para matar á los insectos, en tanto que con el cloro hasta una inmersión de cinco á seis segundos. Los otros dos agentes tienen muy poca ó ninguna influencia sobre el insecto.

Así pues, mediante los vapores del cloro y del ácido sulfúrico se puede lograr el completo exterminio de estos insectos en veinticuatro ó cuarenta y ocho horas.

— En los trabajos hidráulicos, y sobre todo en los trabajos marítimos, tales como la construccion de muelles, diques, etc., se han empleado hasta ahora masas artificiales cuya base ó agentes de aglomeracion, consistian ordinariamente en cales mas ó ménos hidráulicas, que se obtenian por medio del agua, ó, hablando el lenguaje de la ciencia, por via neptuniana. Los inconvenientes de este modo de formacion saltan á la vista, y en este concepto M. Berard ha recurrido á un modo completamente opuesto á la via ígnea ó plutoniana, para seguir hablando el lenguaje técnico.

He aquí el método que propone M. Berard en una memoria que M. Dupui ha comunicado á la Academia. Primeramente, con el barro comun se forman ladrillos que se secan al sol, y luego se construye con estos ladrillos estratificados con com-

bustible una masa de la dimension que se desea, que se envuelve igualmente en una camisa de ladrillo, teniendo cuidado de dejar en medio un espacio libre, para que pueda entrar una capa de carbon menudo. Prendiendo el fuego por la parte inferior, se va propagando hasta arriba, y pone la masa toda á la temperatura á que se ablanda la arcilla. Se tiene cuidado de ir

llenando los vacíos que se forman á medida que se cuece el ladrillo, y arde el carbon intercalado; la masa obtenida de este modo puede emplearse inmediatamente que está fria.

El autor cree que este producto tiene una duracion inaudita; los instrumentos de hierro no hacen mella en su superficie, y el acero muy poco, de donde concluye M. Berard que la accion

destructora de las olas que obran por el roce será nula.

La economía es tambien una de las buenas cualidades del descubrimiento; el elemento constitutivo de esta mampostería es la arcilla comun, materia que se encuentra por todas partes, y que se obtiene casi por nada.

F. R.

Victor-Manuel, rey de Cerdeña.

La vida de las naciones, lo mismo que la de las personas, está sujeta á los accidentes de la fatalidad, de tal modo, que cuando dan en elevarse no hay acontecimiento que no ayude á su esplendor, al paso que en sus períodos de decadencia todo parece conspirar á su ruina. La Cerdeña es uno de los ejemplos que mas corroboran esta verdad, ofreciendo en todas las páginas de su historia la demostracion de esa ley moral que rige los destinos de los pueblos, burlando el cálculo de los mas hábiles políticos, y presentando barreras insuperables al espíritu escudriñador de los filósofos.

Si fuésemos á examinar la historia de ese reino desde que Humberto II se apoderó de Turin y otras muchas ciudades importantes de Italia hasta nuestros días, veremos en ella una de esas líneas curvas que traza el águila en el aire descendiendo rápidamente hacia el abismo para elevarse luego con mayor impetuosidad á la region de las nubes. Sin embargo, es preciso convenir en que si la Cerdeña durante mucho tiempo ha sufrido la pena del Talion que pesa sobre toda la Italia, es quizás uno de los Estados que mas dignamente han sobrellevado y sacudido á veces los azares del infortunio; porque en el camino de su decadencia no ha dejado de hallar hombres ilustres que vindicasen su existencia política ó rechazasen las agresiones extrañas.

Pero ¿qué es lo que el genio de algunos hombres pudiera hacer contra el destino? Seguir su rumbo, obedecer á sus irresistibles decretos, y servir á la patria en la esfera de la posibilidad. Así se ha visto á la Cerdeña durante largos años buscar la proteccion de los unos para rechazar el yugo de los otros; aliarse unas veces con los franceses para resistir á los españoles, y unirse luego á estos para combatir á los franceses; sufrir alternativamente la dominacion moral ó material de los franceses, de los ingleses, de los españoles, de los austriacos, y venir por fin al cabo de tantos vaivenes, de tantas contiendas, de tantos esfuerzos y de tantas des-



gracias á constituir una nacionalidad fuerte y regular, desahogada en el interior por los progresos de su régimen administrativo, y respetada en el exterior por el estado próspero de su hacienda y de su marina, así como por su brillante organizacion militar que, á pesar de la desgracia de Novara, no ha perdido nada del buen concepto que disfruta en toda la Europa.

La decadencia de la Cerdeña puede decirse que llegó á su colmo en 1796 cuando el Piamonte fué conquistado por el general Bonaparte; pero ¡cosa singular! aquel último revés de la fortuna debia ser el principio de su elevacion, y efectivamente lo fué, pues al eclipsarse en 1814 la estrella del capitan del siglo, la Cerdeña recobró sus Estados, obtuvo además la posesion de Génova, y desde entónces empezó á dar vida y consistencia á su nacionalidad. Una insurreccion constitucional del ministro La Rosa produjo la abdicacion de Victor-Manuel V en favor de su hermano Carlos Felix, que dió un gran paso hacia la unidad monárquica, y el largo reinado de Carlos Alberto en medio de muchas revueltas y conspiraciones que supo contener y castigar, terminó la obra de su reconstitucion.

Conocidos son los acontecimientos políticos de estos últimos años. Si Carlos Alberto hubiera triunfado de Radetzky en Novara, el rey de Cerdeña seria hoy tal vez rey de toda la Italia; pero la derrota obligó á Carlos Alberto á abdicar en favor de su hijo Victor-Manuel, cuyo retrato damos hoy á nuestros lectores, y la conducta hábil y prudente de este príncipe alimenta con razon las esperanzas de porvenir que fundadamente ha concebido de algun tiempo á esta parte esa nacion considerada hoy como una de las mas ricas y poderosas de la Europa. Los jesuitas han perdido allí su antigua influencia; los nuevos partidos han abandonado sus querellas, y todos los hombres que algo significan trabajan de consumo por elevar las mejoras materiales en su patria á la altura que reclama su preponderancia política y militar.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. GIRDÈS, CALLE BONAPARTE, 42.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCION:

Este periódico sale á luz CINCUENTA Y DOS VECES AL AÑO, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Londres.

Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto.

Cada mes los suscriptores recibirán dos figurines de última moda: uno de mujer, y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRIPCION AL AÑO.

Para la Habana.	12	pesos fuertes	Para Centro América, Panamá y todas las agencias de la costa del Pacífico.	15	pesos fuertes
Para el interior de la Isla de Cuba.	13	»	Para Valparaiso, Santiago de Chile, San Fco de California y el Paraguay.	16	»
Para Puerto Rico.	13	50 macuquinos			
Para el interior de la Isla de Puerto Rico.	18				
Para las Antillas francesas, inglesas y Costa Firme.	12	pesos fuertes			
Para la Plata, República Argentina y el Brasil (por los vapores del 9 de cada mes).	14	»			
Para la provincia de Cúmana.	12	75			

NOTA. — No se admiten suscripciones á este periódico sino por semestres, principiando en Enero y Julio de cada año. La suscripcion se paga por semestres, y siempre adelantados, sin excepcion alguna.

Los suscriptores en cuyos puntos no residan agentes ni estacionen los vapores, pagarán además los gastos de transporte y de correo á los referidos agentes en su domicilio.

SE RECIBEN LAS SUSCRIPCIONES EN LAS AGENCIAS SIGUIENTES:

Londres.	MM. SIMMONDS.	Demerara.	MM. Richard HAYNES.	Quito.	MM. Alfonso PRIEUR.
Nueva York.	— Eug. DIDIER.	Guatemala.	— P. J. LOSS.	Rio Hacha.	— J. Manuel GOENAGA.
La Habana.	— ROUSSEAU LANGWELT.	Guayaquil.	— Alfonso PRIEUR.	San Francisco (California).	— MASSEY, FINANCE y Ca.
Arica.	— BILLINGURST y TAYLOR.	Laguayra.	— A. M. MOLLEJAS, casa de los Sres. LAGRANGE y ENGELKE.	Santo Domingo.	— Dr. MORINGLANE.
Arequipa.	— J. Maria REY DE CASTRO.			Santa Marta.	— A. MIRAMON.
Asuncion (Paraguay).		Lima.	— José MACIAS.	San Juan de Nicaragua.	— Juan MESNIER.
Buenaventura.	— VASQUEZ CÓRDOVA.	Maracaibo.	— P. CASAux.	Santiago de Cuba.	— Felipe LAY.
Bogota.	— SIMONNOT.	Matanzas.	— F. DEVILLE.	Trujillo del Perú.	— Andres ARCHIMBAUD.
Buenos Ayres.	— CLARIMONT.	Maturin (Cumana).	— P. BAUPERTHUY.	Santiago de Chile.	— Pascual EZQUERRA y GIL.
Id.	— LUCIEN É HIJO.	Monpox.	— J. M. PEREIRA.	San Tomas.	— BENEDETTI.
Caracas.	— J. C. CORBIN.	Méjico.	— BOIX, BESSERER y Ca.	Tacna.	— Carlos BASADRE.
Id.	— Emilio PHILIP.	Montevideo.	— A. LAS CAZES.	Tampico.	— Achille LETTERON.
Cartajena.	— H. P. DE LA VEGA.	Panama.	— SMITH y C.	Valencia.	— Pascual EZQUERRA y GIL.
Calí.	— J. Maria CANADAS.	Popayan.	— Rafael IRURITA.	Valparaiso.	— Juan CARREDANO.
Ciudad Bolívar.	— THIRION.	Porto Cabello.	— Rafael ROJAS.	Vera Cruz.	
Cubija.	— ARTOLA y Ca.	Puerto Rico.	— J. M. SANCHEZ ENRIQUEZ.		